

La Ilustración Artística

Año XV

← BARCELONA 25 DE MAYO DE 1896 →

Núm. 752

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS ARTISTAS



NOTICIAS

cuadro de Enrique Serra, adquirido por el Excmo. Sr. D. J. de Goyeneche, conde de Guaqui

Reproducción al mismo tamaño del original

ADVERTENCIA

Con el número anterior, correspondiente al día 18 del presente mes, hemos repartido el tomo de la **Biblioteca Universal**, que es el segundo de la serie de 1896 y el cuarto y último de *Tradiciones Peruanas*, de D. Ricardo Palma.

Los suscriptores que no lo hubiesen recibido pueden reclamarlo de los repartidores ó de nuestros corresponsales.

Al propio tiempo reiteramos á aquéllos nuestro ruego de que tengan en cuenta las advertencias insertas en los números 747 y 748.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. San Isidro*, por Emilia Pardo Bazán. — *La ronda de noche*, por R. Balsa de la Vega. — *Un borrón*, por José Zahonero. — *Los salones de París*, por X. — *Sueños*, por José Juan Cadenas. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea*, con noticias de *Bellas Artes, Teatros y de Necrología.* — *Problema de ajedrez.* — *Dos anónimos*, novela original de Florencio Moreno Godino, con ilustraciones de José Cabrinety (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Los leones amaestrados por Mr. Seeth*, por V. M. — *La superficie lunar*, por N. — *Un sistema de transporte económico.* *El monoriel*, por X. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *Noticias*, cuadro de Enrique Serra, adquirido por el Excmo. Sr. D. J. de Goyeneche, conde de Guaqui (reproducción al mismo tamaño del original). — *Los borrachos*, cuadro de Antonio Fabrés (Salón de los Campos Elíseos de París, 1896). — *Arco que guardaba el cuerpo de San Isidro, en Madrid* (de fotografía). — *Horas de Angustia*, cuadro E. Adán (Salón de los Campos Elíseos de París). — *Fiesta de negros en Blidah (Argelia)*, copia del notable cuadro de F. A. Bridgmann. — *El cardenal Luis Galimberty*, fallecido en Roma el 8 del actual. — *Djemal-ed-din*, sheikh persa á quien se supone instigador del asesinato del sha. — *D. Juan Martínez del Cerro y D. Quintín Gutiérrez*, individuos de la colonia española en México que se han distinguido extraordinariamente en los trabajos para fomentar las suscripciones patrióticas en favor de España. — *El domador de leones Mr. Seeth.* — *Leones amaestrados por Mr. Seeth, del circo escandinavo Schumann, que actualmente se exhiben en el Alberthalle de Leipzig.* — *Golondrinas de mar*, fotografía de G. Watmough Webster (Chester). — *La princesa y la rana*, cuadro de Symonds (Exposición de la Art Gallery de Manchester).

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SAN ISIDRO

Curioso espectáculo ofrece Madrid estos días. Un hombre que vivió en el siglo XI, un siervo de la gleba, un destripaterrones, constituye la actualidad; y aunque no se le había olvidado, dijérase que acaba de resucitar, según la acción que ejerce sobre las almas, y la fuerza con que las atrae á sí.

Baldías me parecen las interminables y acaloradas discusiones sobre si la lluvia estaba prevista por el pronosticador *Noherlesoom*, y si estándolo, se puede calificar de milagro de San Isidro el que cayese tan oportuna. Lo indiscutible, lo que se ha visto y saludado con exclamaciones de gozo y gratitud, es que al salir procesionalmente la urna de plata que encerraba el bendito cuerpo, las nubes, que como un toldo gris ceniza velaban el firmamento, fueron obscureciéndose, agrupándose, condensándose, y antes de que la procesión se hubiese recogido á la catedral, las primeras gotas de la anhelada y benéfica lluvia habían caído como rocío amoroso, bebidas por los árboles de los paseos y el seco polvo de las calles, y retintando sobre los paraguas que con gozo pueril abrían los que, por fe y convicción, empuñaron dicho instrumento al salir, seguros de que el Santo les proporcionaría ocasión de usarlo... Que salió San Isidro, y que al punto llovió: he aquí lo que no puede negarse.

* *

De San Isidro dice poco la historia auténtica: es un santo modesto, cuyo nombre ni se enlaza con la resonante epopeya, como San Fernando, ni con los esplendores de nuestra ciencia, como San Isidoro, ni con el tesón de nuestra ortodoxia, como Santo Domingo. Ni fundó, ni escribió, ni combatió, ni siquiera practicó una de esas vidas penitentes, asombrosas y contrarias á los instintos de la naturaleza, cual la de los eremitas y solitarios de la Tebaida. No se cuenta de San Isidro sino que vivió practicando las pacíficas virtudes del labriego castellano. Un hombre de estos del paño pardo, cristiano viejo; un paleta, un tío, con su sayote y sus calzas, su azadón y su bioldo, he ahí á San Isidro. Nadie habrá que menos se parezca á los héroes del Romancero; nadie que tan á la pata la llana, tan á lo villano y á lo rús-

tico, ganase la eterna bienaventuranza. Al pensar en San Isidro, mil veces he recordado las palabras que acerca de Roldán escribe Saint Víctor, en su libro *Hombres y dioses*: «La leyenda — dice el primoroso escritor — suele tener magníficos caprichos, como hada y reina que es. Complácese en exaltar á los humildes, así como á veces la historia se entretiene en rebajar á los soberbios. Mientras ésta borra nombres ó relega á la penumbra á caudillos que realmente estremecieron al mundo; mientras destierra á los limbos del olvido á Ciro y Sesostris, y sólo respeta del reinado de Trajano algún bajo relieve en torno de una columna; mientras extiende las tinieblas de la barbarie sobre las maravillosas hazañas de Aecio y de Póstumo, iguales á los Escipiones y más grandes que Mario, la leyenda, por su parte, recoge un personaje desconocido, envuelto en el polvo de las crónicas; lo incuba, lo embruja, concentra en él todo su poder fecundante, toda la entusiasta virtud de la imaginación popular; y el hombrecillo obscuro surge radiante de su sepulcro hasta entonces ignorado, y el desconocido aparece cercado de mayor gloria que César y Carlomagno sobre su trono.»

Gracias al pobre labriego Isidro de Merlo y Quintana, se recuerda todavía el noble apellido de sus amos, los Vargas, y tiene este linaje historia y blasón imperecedero. Murió San Isidro en edad avanzadísima, poco menos de un siglo, y ese siglo fué de los más agitados de nuestros anales; el siglo del Cid Campeador, de la alborotadora y licenciosa reina Urraca, del insigne Alfonso VII, de Ramiro el Monje, el de la sangrienta campana, y de Alfonso VIII el de las Navas de Tolosa. Mientras el fragor de las armas ensordecía á España; mientras el Cid ensanchaba á Castilla, Isidro y su mujer María de la Cabeza labraban la tierra y abrían el surco, dando gracias á Dios todas las noches por el pan de cada día. Cuando Isidro descansó en el Señor, su cuerpo fué enterrado pobremente en el cementerio de la parroquia de San Andrés. Allí iban los que habían presenciado su muerte á rezar, á pedir intercesión y amparo. Se dice que todo el tiempo que allí pasó el cuerpo venerable le bañó continuamente un arroyo, sin que lograse corromperle la humedad. Cuarenta años después de su muerte fué exhumado el que el pueblo ya aclamaba Santo, y depositado en un arca ó cofre de madera historiada, que es una joya del arte gótico. En ella veremos, narrada por medio de imágenes, la existencia sencilla é idílica del labriego y de su compañera; los campos poblados de mies, los árboles cargados de fruto, la yunta de mansos bueyes arando despaciosamente, guiados por los ángeles de blanca túnica y luengas alas — el poema de la vida laboriosa, de las tranquilas alegrías campestres, que surge fresco y vivaz de entre las románticas nieblas medioevales...

* *

Mas no pudieron resignarse los devotos de San Isidro á no asociarle á los advenimientos de la historia. Cuando ya se consumaba la reconquista; cuando la conciencia nacional se consolidaba y se reconocía á sí propia enérgicamente, se quiso hacer del Santo triguero un militar, un Santiago ó un San Jorge, y aturdirle con el estrépito del combate y hacerle cruzar, como irritado numen, sobre el campo de batalla. Esparciose la conseja de que aquel desconocido pastor, *vir quidam silvestris*, que se apareció á Alfonso VIII antes de la función de las Navas de Tolosa, donde fué destrozado el Miramamolín y establecido el poderío cristiano de la península — el famoso pastor de las Navas, en fin, guía de nuestro ejército y nuncio de la victoria, — no era otro sino San Isidro, enviado por Dios para proteger sobrenaturalmente á los cristianos. Mas los cronistas y narradores que por sus propios ojos vieron la batalla ó vivieron en el tiempo en que se libró, no hacen la más remota alusión á que el tal pastor de ovejas pudiese ser San Isidro. No obstante, la creencia debió de contribuir á que se acrecentase la devoción del labriego. Su cuerpo, ya encerrado en afiligranada y reluciente urna, menos bella que la primitiva arca gótica, fué conservado como un talismán, y cuando el cielo se cierra y la sequía abrasa el suelo — la sequía, la gran calamidad para los labradores, la que tantas veces deploraría San Isidro, — sale procesionalmente para impetrar que la misericordia divina descienda en forma de lluvia...

* *

De esta vez no sólo se han sacado en procesión las reliquias, sino que se han expuesto á la pública veneración — algunos periódicos han dicho que á la adoración, lo cual es manifiesto error, pues sólo á Dios se le adora. — Lo que se divulgó é imprimió acer-

ca del estado del cuerpo, excitó también, al par que la devoción, la curiosidad. Se deducía de tales noticias que el cuerpo se encontraba incorrupto; que persistía en sus muslos y piernas el rosado color de la carne, y lo mismo en el pecho; que permanecían llenos los globos de los ojos y se conservaban frescos los tejidos. Debió de haber en todo este relato, si no mentira, ni intención de ella, por lo menos piadoso propósito de exaltar al Santo, que no lo ha menester y que infaliblemente preferirá, á la exageración bien intencionada, los ápices de la rigurosa verdad. El cuerpo de San Isidro, que he contemplado dos veces, con bastante detenimiento y con esa minuciosa inspección propia de los miopes, que de cerca ven como lince, es un cuerpo momificado, de notable conservación si se atiende á que cuenta siete siglos, pero con los tejidos oscuros, resquebrajados y pergaminosos de las momias. La cara aparece carcomida, y en la barbilla asoman los blancos huesos de la calavera. Sorprende á primera vista la elevada estatura del Santo, que no cupo extendido en el arca. Lo mejor conservado son los pies, largos, fuertes, con recias uñas — pies de trabajador.

Jamás conseguí ver ningún cuerpo que propiamente deba llamarse incorrupto. Después de la muerte, las carnes ó se pudren y deshacen, ó se amojaman. Ignoro si existen restos en mejor estado que los de San Carlos Borromeo (los que encontré menos ofendidos del tiempo inflexible); y si es verdad que, por ejemplo, en el coro de las Huelgas de Burgos hay una dama del siglo XIII, bonita, fresca, natural, como si se hallase viva. A ser verdad — que lo dudo, — tal prodigio debería exponerse.

* *

El ansia del pueblo de Madrid por contemplar los restos de su Patrono es tal, que las inmediaciones del templo parecen estos días real de romería; desde el amanecer espera turno allí un gentío inmenso. Primero se arrodilló ante la urna descubierta y cercada de flores la familia real; después, con papeletas que se habían repartido, entraron los grandes, las autoridades, y muchos más que ni son lo uno ni lo otro. Ahora le toca la vez al pueblo.

La combinación me ha parecido pésima, y lo consigno con desinterés tanto mayor cuanto que logró ser del número de los privilegiados. Si el pueblo encuentra naturalísimo que precedan á todos las reales personas, ya no se resigna tan fácilmente á que el privilegio sea extensivo á quinientas ó seiscientas más, provistas de papeleta. Esto de la papeleta pudo quedarse para después; ante la fe todos somos iguales; la iglesia es el refugio natural del espíritu democrático. Al entrar en el templo por la mañana, escuché entre los grupos frases de descontento. Una pobre vieja, una beata arrancada de una caricatura de *El Motín*, pidió por Dios á un grande, á un señorón, que la hiciese entrar con él; y el señorón, campechanamente, contestó: «Venga usted, señora.» La vieja á poco se desmayó de alegría...

A la tarde sucedió lo que era de temer: el pueblo rompió la valla de agentes — como los héroes de las Navas rompieron la valla de negros que cercaban la tienda del Miramamolín — y se desparramó en el templo, riéndose de papeletas, de jerarquías y de prohibiciones. Allí fueron las carreras y los sustos; cayeron las señoras, las pisotearon brutalmente, hubo achuchones, rosarios rotos, vestidos destrozados, y la guardia civil, para restablecer el orden, metió sus caballos por entre el gentío... Es esta la canción de siempre en Madrid: el llevar papeleta no sirve de nada para ver un espectáculo. Lo mismo aconteció el día de la apertura de las Cortes — y Dios sabe que no es mi ánimo comparar á San Isidro con los diputados. *Vade retro!*

Se prepara una solemnidad; se reparten cartulinas; se despliega un aparato de fuerza que asusta; se saca la guardia civil; se agrupan centenares de agentes; pero estos agentes, que parecen puercoespines por los modos que gastan y por las groserías é insolencias que se permiten con el público (á cuyo servicio no creen estar), carecen (por lo mismo) de aquella fuerza moral que en otros países les presta el ser representantes del derecho de todos, y protectores del débil; y el populacho, que los ve á su nivel, á su sabor los arrolla y se ríe de ellos, cobrándose en disciplina de lo que le deben en educación y en equidad.

Después que la muchedumbre entró en el templo, hiciéronla desfilar tan aprisa ante la urna, que nadie tuvo tiempo de ver nada. «¡Adelante, sigan!.. ¡Ea, no pararse!» ¡A esto llaman exponer á la pública veneración los restos del Santo!..

EMILIA PARDO BAZÁN



LA RONDA DE NOCHE

25 de mayo de 1642

Celebradísimo cuadro de Rembrandt, existente en el Museo de La Haya

Entre la fecha en que terminó Rembrandt el cuadro *Lección de Anatomía* y la que conmemora esta *efeméride* median diez años. En 1632, cuando por la cariñosa protección del sabio cirujano Hulp concluía el Velázquez holandés su famosísimo lienzo citado, comenzaba para él una época de alegrías, de triunfos, de consideraciones; disputábanse los aficionados sus aguas fuertes y el honor de tener un retrato de su mano; los gremios, á imitación de los cirujanos, se hacían representar en las personas de sus síndicos; iglesias y palacios le pedían cuadros, ya bíblicos, ya puramente místicos. El amor de su esposa Sakia iluminaba el alma de Rembrandt, como lo prueban las múltiples aguas fuertes y cuadros al óleo en que aparecen ambos, y en alguno (bien conocido por cierto) ciñendo el artista la cintura de su mujer. Diez años más tarde, diez años no cumplidos, el gran artista, al terminar la famosa tela *Ronda de noche*, vivía en la miseria, en medio de odios que hasta ha pocos años se creyeron justos, escuchando el estor de la larguísima agonía de Sakia, quien murió á los pocos días de haber puesto el incomparable artista su firma al pie de la famosa *Ronda*.

Creo que, aun cuando no más que á título de curiosidad, mis lectores leerán lo que voy á relatar, pues va íntimamente ligado con la producción á la cual se refiere esta *efeméride*. Y hago este relato, porque además de la parte dramática interesantísima que en él hay, se nos ofrecen dos curiosos problemas, que alguien podrá resolver; tales problemas son: la versatilidad popular en cosas que, como las artísticas, van derechamente á producir una emoción estética, y la influencia que en la obra de arte ejerce el estado de ánimo del artista.

* *

Quedáramos en que Rembrandt gozó durante los primeros años de la década que media entre 1632 y 1642 del favor público, del bienestar que este favor le producía, de la felicidad en su casa. Pintó, pues, Rembrandt *La lección de Anatomía*, cuadro altamente científico, propio de artista que á grandes talentos técnicos une el aplomo de la madurez de juicio, cuando para él comenzaba la vida, pues como he dicho en la *efeméride* del cuadro de que me ocupo, Rembrandt apenas contaba entonces veinticuatro años. Pintó *La ronda de noche* á los treinta y cuatro, cuando en entredicho judicial sus bienes, sus magníficas colecciones de obras de arte, acogido casi al producto de las pequeñas rentas de Sakia, veía cómo la tisis llevaba á pasos gigantescos al sepulcro á su esposa; y este cuadro de *La ronda* es un cuadro...

Ya diré cómo es el cuadro, pues no todos cuantos le han visto y aun estudiado han caído en la cuenta de que el cuadro no es estrictamente un asunto militar.

Los biógrafos de Rembrandt nos lo han venido pintando como un avaro capaz de dar ciento y raya al mismísimo *Dómine Cabra*; como un viejo sátiro; como un hombre capaz de las mayores bajezas por un florín; que deja morir extenuada á su esposa, y que

muere él mismo en extremo grande de miseria, cubriendo con su cuerpo la tierra y los ladrillos del piso de su alcoba, bajo los cuales ocultaba tesoros y tesoros. A quién se debe este retrato del insigne artista, se sabe; mas las causas se ignoran. Pero á las investigaciones de Charles Blanc (véase su famosa obra *Rembrandt descrito y comentado*), á las de un holandés cuyo nombre no recuerdo y últimamente al libro publicado por Plon, débese el que pueda hoy considerarse como un tejido de fábulas la fábula biográfica que de Rembrandt vino teniéndose como cosa cierta hasta 1850 ó 1851, en que se descubrieron interesantes documentos.

La riqueza de su esposa no alcanzó ni con mucho la suma que creían las gentes; casi íntegra pasó al pequeño Titus, que contaba muy poca edad cuando Sakia murió. La fortuna que Rembrandt había adquirido la empleara en magníficas obras de arte de artistas italianos, alemanes, etc., en mármoles y bronce, en armas rarísimas, en telas de gran coste; no contó con la versatilidad popular, con las envidias, y no pudo sostener aquel derroche. Sakia murió, pues, cuando la ruina se cernía sobre su casa y cuando el golpe más rudo que la suerte puede asestar á un artista que se cree festejado, venía á traer el desaliento á su marido. He aquí el primer problema de que hablo más arriba. Encargado por Frans Banning Kok, entonces capitán de una compañía de la guardia cívica de Amsterdam (guardia semejante á nuestra famosísima Milicia nacional), de pintar un cuadro en el que figurasen, además de su retrato, los de los principales *milicianos* á sus órdenes, gentes ricas y de prestigio en la ciudad, Rembrandt, que comenzara á notar el disfavor público, que veía cómo los días de estrechez se sucedían en su casa, que escuchaba día y noche la tos, la horrible tos que en accesos crueles despedazaba los pulmones de su esposa, tomó con empeño, con febril ardor, la tarea de volver por su fama, en punto de ser discutida, para por lo menos alegrar en lo que pudiese aquel hogar en que á una se cernían la muerte y la bancarrota. Y así pintó la mal llamada *Ronda de noche*, que ni es ronda, ni es de noche. Se expuso la obra; al capitán Banning no le pareció lo que al sabio Hulp *La lección de Anatomía*, ni á los inteligentes tampoco, y esta obra de arte, que revela secretos estéticos y recursos técnicos desconocidos, fué acogida con frialdad inmensa. La pobre Sakia, entusiasta de su marido, no pudo soportar esta nueva amargura y murió en la primera mitad de junio, aún no concluido el mes de haber sido terminado el cuadro famoso.

¿Qué representa este lienzo del cual me ocupo? *La Compañía del capitán Banning*; esto es lo que representa y este es su título. Es un motivo para hacer una serie de magníficos, de soberbios retratos. Allí no se ve ni una luz artificial. Algunos críticos, entre ellos Taine y Vürger, afirman que la escena es la salida de los cívicos para ir al ejercicio del blanco. Véase despacio el cuadro, y se observará como ni la luz, ni la disposición de las figuras, ni los detalles de la bandera desplegada y del que bate el parche, ni aquellas figuras ajenas á la compañía miliciana, por ejemplo, la jovencita que corre delante del grupo, nada indica una ronda nocturna.

He mencionado la jovencita famosa de la *Ronda de noche*. No sé por qué aquella muchacha de doce á trece años, de cabellos de oro, que viste una esclavina verde pálido que le cubre los hombros, que mira

hacia el espectador, me recuerda á Ofelia; y cuidado, que aun cuando no halle entre la creación de Shakespeare y la de Rembrandt parecido alguno, forjándome como me forjo la figura material de la enamorada de Hámlet, sigo diciendo que me recuerda aquella á ésta. Yo no sé, pero creo que tal figura es una hora de esperanza, un sueño de oro... de una hora, una claridad en medio de las sombras que envolvían el alma del artista, sombras con que envolvió á su vez el resto del cuadro. Y he aquí el otro problema; el de la influencia del estado moral del artista en la obra de arte. Id mirando una por una las figuras de este cuadro; todas ellas reflejan un perfecto estado de equilibrio entre su aspecto arrogante, sus actitudes, su satisfacción externa, y el de los rostros complacidos, de burgueses acomodados, que viven á gusto, sin inquietudes; y esa satisfacción, expresada con tanta verdad, tan sentida, la realiza Rembrandt bajo las sacudidas dolorosas de hondos dolores morales.

Realmente, causa verdadero asombro mirar con qué firmeza, con qué buen gusto está distribuida la agrupación, con qué amor está pintado el detalle más pequeño, con qué refinamiento está escogido todo, desde los trajes hasta las empuñaduras de las espadas. Hablar del color de esta obra maestra, es desconocer lo que Rembrandt significó como colorista; y conociéndolo y sabiendo cuál era su prodigioso dominio de la paleta, cuál era su sentimiento del claroscuro, hacer ahora un juicio, siquiera fuese, como no podía dejar de ser, un cántico de admiración, sería, además de innecesario, repetir lo que han dicho los más ilustres críticos de Europa. Y por lo que se refiere á los retratos de aquellos milicianos burgueses, con copiar lo que dice Vürger del de Banning es bastante: «Majestad, dibujo correctísimo, color insuperable, la vida del espíritu reflejada en aquel rostro enérgico, elegancia exquisita en el movimiento del caballero Banning Kok; en fin, esa maestría en la ejecución y esa intuición del genio para sorprender los caracteres, que Rembrandt demostró en todos los retratos que hasta nosotros de su mano han llegado: he aquí las condiciones que avaloran el del capitán de la milicia de la populosa y rica ciudad holandesa y los demás que componen el cuadro *La ronda de noche*.»

R. Balsa de la Vega

UN BORRÓN

I

Enriqueta se hallaba una tarde en su gabinete sentada tras de los cristales del balcón, llorando y mirando á través de sus lágrimas al jardín, donde Aniceta, su hija, corría y jugaba y la abuelita paseaba apoyada en su bastón.

— ¡Pobre madre mía, pobre hija de mi corazón!, exclamó Enriqueta. Aquella ancianita de cabellos de plata gozaba entonces de esa apacible dicha que es en la vejez consuelo y premio después de una vida honesta y laboriosa, y aquella niña se hallaba en la embriagadora alegría de los primeros aleteos y contentos de la infancia..., y ninguna de las dos podía temer que desgracia alguna amenazase turbar en aquel momento su felicidad.

— ¡Ah, que tal vez á mi madre le cause la muerte conocer mi desventura, y á mi hija..., pobrecita cria-

turita!, á mi hija mi desdicha puede robarla el regocijo de su vida. Pero ¿qué he de hacer? No, no puedo ocultar mi daño. ¡Alfonso ha debido comprender que no sólo por mí, no sólo por su esposa, sino por su hija y por mi madre!.. Nos separaremos para siempre... Me ha ofendido con una vergonzosa deslealtad... No podría vivir ya á su lado fingiéndole afecto ante los demás. ¡Oh, y la reconciliación nuestra es imposible! No, nunca... ¡Sería tan débil que, engañada por un falso arrepentimiento, perdonase á mi marido, olvidaría que él ha galanteado á una aventurera!

En esto vió que por la puerta verja del jardín penetraba miss Rigord la institutriz... Llegaba aquel día más temprano ..

— ¡Ah, mañana son los días de mi madre!, pensó Enriqueta con verdadero espanto, y luego con firme resolución de su alma decidió ocultar su pena y no revelarla hasta dos ó tres días después. No era cosa de dar á la anciana un cumpleaños disgustoso y triste.

Luisa se levantó y llegóse con sumo cuidado á la habitación inmediata, un gabinetito de paso que comunicaba con el cuartito en que miss Rigord y Anita se reunían para las lecciones.

Poco después la inglesa y la niña se hallaban allí, y Luisa, oculta tras las vidrieras de la puerta, contemplaba á su hija.

II

Miss Rigord se hallaba allí, delgada y seca como un puntero de cartel, recta y lisa como una regla, simplona como un silabario, sentenciosa como un apotegma. Anita, apoyada de brazos sobre la mesa, en graciosa revuelta sus blondos rizos que heroseaban su cabecita, se mantenía quieta y atenta, siguiendo con laborioso empeño la dirección de sus diminutas manos en la escritura: por un verdadero intento artístico, hacía la plana de orla para el santo de la abuelita, con muy cariñosa felicitación.

Allí estaba el papel de márgenes lujosas, mariposas de alas doradas, flores y angelitos que por entre un profuso ramaje asomaban sus caritas sonrientes, mirando á los renglones que con letra inglesa iba trazando Anita.

¡Qué seriedad, qué celoso cuidado, qué entusiasta atención se revelaban en aquella faz infantil! ¡Expresiones del afán y del cariño que se creían bien delineadas en aquel rostro de rosas por mejillas, de luceros por ojos!

Parecía que al fruncir y dilatar ligeramente sus cejas, era que se esforzaba por hacer llenos los palos y finos los perfiles..., finos, finos como uno de los cabellos de oro de su hermosa cabeza, aún más finos..., bien para que fueran la sombra de un cabello.

¡Cuán extremoso tino exigían las curvas! ¡Con qué presteza era necesario hacer los enlaces de letra á letra!.. ¡Mucho tiento, mucho pulso necesitaban aquellas manos!.. Y con esto era necesario que marcaran la gracia de la soltura, la elegancia de una letra escrita y no dibujada ó tallada...

Mas Anita tenía dos enemigos de las manos trabajadoras, inteligentes y bien educadas; dos rebeldes que, por sí y ante sí, ponían en revolución todo aquel entonces disciplinado cuerpecillo, y aun llevaban la rebelión al ánimo..., con lo cual el pulso perdía su reglamentario compás..., dos enemigos bajos, que ni servían para el estudio, ni para el dibujo, ni para la escritura.

Tan sólo se les pedía que durante estas graves operaciones se estuvieran quietos. ¡Pero era pedir imposibles! Permanecían formales un segundo, y luego, moviéndose, dando uno con otro, ó puestos en danza, parecían decir: «¡Vamos, vamos!.. Bien está, ya se ha trabajado bastante... Corramos, bailemos, saltemos la comba, que así vamos nosotros por encima de una cuerda, como no irán jamás las manos por la línea de la plana. ¿No? Pues nos quedamos dormidos.»

— Se me ha dormido este pie, dijo la niña, dejando la pluma y la plana.

— Bueno, pues dé usted un paseo por el gabinete..., y luego siga usted escribiendo. Va bien la plana, va bien.

La niña se levantó y dió dos ó tres saltos. Luisa se retiró de la vidriera.

«¡Qué niña más hermosa es nuestra hija!», pensó. Mas, luego, luego, el pícaro pesar volvió á obscurecer su ánimo. «¡Dios mío! — se decía Luisa. — ¡Qué desdichada soy!.. ¡Mi marido desleal! Verme obligada á rechazarle... No, no le amaré ya..., no puedo concederle mi perdón. ¡Su falta es gravísima!.. ¡Pobre de mí, pobre hija mía, que somos las verdaderas víctimas de la culpable conducta de Mariano!»

— Vamos, niña, vamos; ¿es bien que usted no acabe hoy la plana para la abuelita? Sigo dictando..., dijo la voz de la institutriz.

Y la niña sentóse de nuevo á su trabajo, y volvió doña Luisa á mirar curiosamente por la vidriera.

— Dios conserve á mi abuelita la salud y la felicidad, decía la institutriz; ¿no es esto?, adelante..., para que se goce en mi dicha.

La niña, afanosa y diligente, volvió á su tarea, no sin sujetar uno con otro, cruzados, los traviosos pies, apoyándolos sobre un palo transversal que unía las patas de la mesa.

— Vamos, que ya no es mucho lo que falta, dijo la institutriz.

Estremecimiento de los pies, que ya se sentían contentos; alegría del alma; corriente eléctrica por todos los nervios, y con esto se apresuró un poquito el pulso.

¡Ya iba á estar concluida la plana, ya iba á entregársela á la abuelita! ¡Ánimo y adelante!

— Para que se goce en mi dicha y en mi inocencia, dijo la institutriz.

¡También la sabia se apresuraba!

Anita, con demasiado apresuramiento quizás, mojó la pluma en el tintero, tal vez apretó un poco la pluma, ello fué que ésta, como obrero fatigado ó como esclavo oprimido, dejó caer por gota de sudor ó lágrima un borrón en la plana y sobre las palabras «mi inocencia.»

— ¡Oh, qué desdicha! ¡Qué maldades hace el acaso! ¡La plana que iba limpia y gallardamente escrita!..

Anita lanzó una exclamación quejumbrosa, y protestó con vivo coraje.

La sabia se desató sermoneando; y por su huera y obscura filosofía de maestra, halló muy grave la casual circunstancia de que aquel borrón hubiera caído en tan dulce palabra..., en la *inocencia*... Se apeló á la goma, al raspador; no había tiempo que perder; ya no se podía escribir otra plana...

— ¿Quiere usted que eche una *pizquita* de polvos de arroz?, dijo angustiosamente Anita.

— No, replicó la institutriz, y decidió que no se hiciera la plana..., pero ya la niña había borrado casi aquella mancha; aquella mancha sobre la última palabra de la obra.

III

En el centro del gabinete y sobre un elegante velador hay un magnífico ramo de flores; en torno de él, una cajita-estuche con un riquísimo rosario de coral, dieces y cruz de plata, regalo de Mariano; una labor primorosa hecha por Enriqueta, y la plana de Anita, con una cuasi invisible motita pálida en medio de un renglón — el borroncito raspado y blanqueado con lápiz albayalde, — pero que se vislumbraba como si amenazase ennegrecerse y reaparecer.

Anita sentíase inquieta, latía rudamente su corazón lleno de temores..., y miraba con expresión de súplica á la abuelita... Ésta sonreía, pero revelando en su risa una mal disimulada tristeza y no bien encubierta preocupación.

Mariano estaba allí grave y temeroso, casi tanto como su hija, mirando también con inquietud á la anciana.

Enriqueta había hablado con volubilidad y aturdimiento, por los cuales, nerviosa y agitada, velaba el mal el estado de su alma.

— Sé, dijo la abuelita, dirigiéndose á la niña, que Miss no quería que me dices la plana... ¿Por qué?

— Porque..., porque es muy fastidiosa Miss..., se pone á veces muy fastidiosa.

Eso, dijo la niña.

— No. Mentir es muy odioso; no, sino porque se te cayó un borrón en la plana y has llorado mucho, mucho..., y has hecho cuanto has podido por borrarlo...; pero ¿piensas que se borra con raspaduras? Ven, amor mío...; se borra con un beso. Ven, niña, ven; que yo estimo más lo que has llorado por tu falta casi que tu plana orlada... Ven; tú te arrepientes y yo te perdono, y así tú y yo nos defendemos: hay quien ha echado en la blancura de su vida un borrón y quiere borrarlo..., y llora...; y hay quien olvida el lujo de orlas ricas, festejo y contento de una boda, diligencia y amor de muchos días, todo lo olvida..., porque un borrón... ¡Abrazaos!.. Tú, Mariano, estás perdonado; y tú ama y perdona... Bien lo veis..., yo y la niña nos defendemos...

— Dios mío, todo lo sabe, dijo Enriqueta...

Mariano se precipitó á besar las trémulas manos de la venerable anciana, y luego, suplicante y cariñoso, miró á su esposa; la cual, llorando y profundamente conmovida, abrió sus brazos al delincuente y otorgó el perdón y el olvido.

— Queda raspado el borrón á besos, dijo alegremente la abuela á la niña, que hubo de pensar que de todo aquello era ella culpable, y dijo:

— Esto pasa porque Miss..., la verdad, es muy fastidiosa.

JOSÉ ZAHONERO

LOS SALONES DE PARÍS

La crítica parisiense, al ocuparse de los salones recientemente inaugurados, lamentase una vez más de la crisis por que está atravesando actualmente el arte: que esta crisis es casi general en los pueblos que hasta ahora habían ejercido la hegemonía en materia de bellas artes, demuéstralo el hecho de que iguales lamentaciones formulan los críticos ingleses, alemanes, italianos y españoles. Todos convienen en que el arte moderno no sabe adónde va ni de dónde viene; todos proclaman que la era de las grandes convicciones ha terminado, y ninguno deja de afirmar que los artistas de hoy, generalmente hablando, faltos de fe y de principios arraigados, preocupanse menos de buscar nuevas verdades que de dar con el camino que les conduzca á la fortuna.

De aquí la decadencia que de algún tiempo á esta parte se observa en las exposiciones antes más famosas, la falta en ellas de esas obras que se imponen y la sobra de las medianías y aun menos que medianías, vulgares unas, extravagantes otras y casi todas de escaso valor artístico.

Los salones de París no han podido sustraerse á esta que parece ser ley en nuestros días, como podrán ver nuestros lectores por las brevísimas reseñas que de ellos vamos á hacer.

I

EL SALÓN DEL CAMPO DE MARTE

Descuellan por encima de todas las demás y casi puede decirse que son las únicas obras de verdadero empuje que figuran en el Salón las de Puvis de Chavannes y de Dagnan-Bouveret.

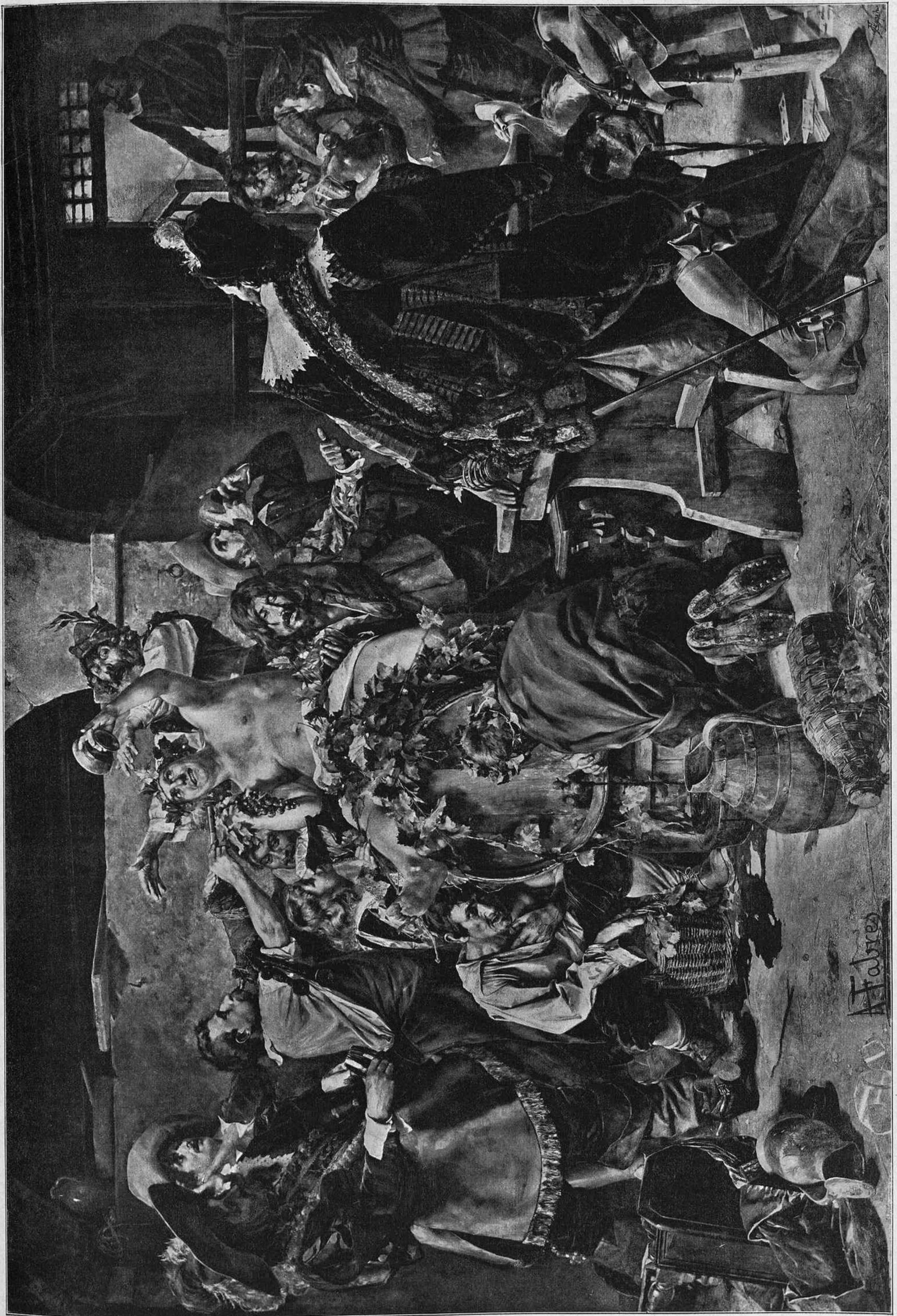
Puvis de Chavannes expone tres cuadros alegóricos destinados á la Biblioteca Pública de Boston, que representan la *Astronomía*, la *Poesía* y la *Historia*: en la primera se ve á los pastores caldeos observando en una hermosa noche el movimiento de los astros; en la segunda destacan las nobles figuras de Virgilio, en medio de un maravilloso paisaje en que el poeta parece buscar inspiración para sus *Geórgicas*, Esquilo sentado sobre una roca que domina el mar y Homero coronado por la *Iliada* y la *Odisea*; en la tercera, la musa de rojo *peplum*, acompañada de un genio que sostiene una antorcha, descubre los misterios de los antiguos hipogeos. Las tres composiciones son de primer orden y revelan el genio de un gran poeta al par que el de un gran pintor; pero la mejor de todas ellas es indudablemente la que simboliza la *Historia*, así por la grandiosidad con que está presentada la figura y por la majestad de su actitud, como por la profundidad de la idea y por la originalidad en la manera de representarla.

La *Cena* de Dagnan-Bouveret es una de las obras que más entusiasmo han producido en el público y mayores alabanzas ha merecido de la crítica: la composición es de un gran efecto, y aunque el colorido es sumamente raro y choca por el violento contraste de los tonos azules, pesados y fríos, con el luminoso amarillo de rojos reflejos, este defecto desaparecerá seguramente cuando el tiempo apague los tonos demasiado fuertes ó cuando el cuadro se coloque en un sitio iluminado á media luz. Esta obra está indudablemente inspirada en los lienzos análogos de los antiguos maestros; mas á pesar de esto, no se ve en ella la imitación y antes bien se advierte en muchas de sus partes el sentimiento moderno, particularmente en las cabezas de algunos apóstoles.

En la sección de Escultura sobresale Julio Desbois, uno de los que más activamente contribuyeron á la fundación del Salón disidente del Campo de Marte: en la actual exposición ha presentado algunas de sus más hermosas obras que fueron ya admiradas en exposiciones anteriores y que ahora aparecen modeladas en distinta materia que entonces; así *La Muerte* está fundida en bronce negro, *Leda* cincelada en mármol blanco y de tamaño mayor que el natural y *La Miseria* esculpida en madera. Expone, además, algunas obras inéditas de gran mérito, aunque no de la importancia de las citadas.

Las notas salientes de la sección de Dibujo son los originales de Renouard, que han sido reproducidos en las principales revistas ilustradas del mundo y que resumen, por decirlo así, la vida contemporánea, especialmente de París y de Londres, en sus más variados aspectos, y los dibujos del artista inglés Abbey, destinados á ilustrar la magnífica edición de las obras de Shakespeare que edita la importante casa Harper, de Nueva York.

Examinado lo más notable que el Salón del Campo de Marte contiene, que como puede verse es bien poco, diremos algo, en breve y ligera reseña, de otras obras que si no de mérito sobresaliente son, sin embargo, dignas de mención.



LOS BORRACHOS cuadro de Antonio Fabrés (Salón de los Campos Elíseos de París, 1896)

Cerca de 500 retratos figuran en la exposición, los más de ellos sin el menor interés artístico y algunos que sólo llaman la atención por la ligereza de trajes. Entre los artistas que presentan obras de este género sobresalen Carolus Durán, especialmente por un retrato de una joven con traje de brocado y por el de una señora con vestido de raso amarillo; Guthrie y Laverie, á quienes con razón se considera como los verdaderos jefes de la escuela escocesa, hoy tan pujante; Jacobo Blanche, en quien se advierte la influencia de Gainsborough y que expone el retrato del pintor noruego Thaulow y de su familia, una de las obras de mayores atractivos del Salón; La Gándara, siempre elegante; Aman Jean, cuyo es uno de los mejores retratos expuestos este año; Luisa Breslau, que ha presentado varios retratos al óleo, al temple y al pastel, estos últimos los más notables; Cecilia Beaux, artista norteamericana, cuyos retratos hábilmente pintados en colores claros encantan por su frescura; y Dannat, que ha pintado á la célebre Otero. Merecen también ser mencionadas las obras de Humphreys, Johnston, Alexander, Aubrey, Beardole, Raffaelli, Desboutsins, Biessy, Roll, Jeannot, Picard, Edelfelt, Michalsky, Rondel, Besnard, Verheyden y Zorn.

Abundan también, como de costumbre, en el Salón del Campo de Marte de este año los paisajes: en este género no hay tampoco nada saliente; citaremos, no obstante, como más notables los de Besnard, *Baño en el lago de Annecy*, de hermoso color, y *La Cascada*, composición original en la que entre las espumas y las irisación de las aguas se distinguen algunas formas vagas de mujeres; Raffaelli, tres bellísimas vistas de París, *La playa de San Miguel*, los *Inválidos* y *Nuestra Señora de París vista desde un muelle*, todos llenos de vida y movimiento; Cazin, varios paisajes, entre los que sobresale un *Estanque* de melancólica poesía; Israel, una *Chozá* y una *Marina* admirable; Colin, artista holandés, algunas grandiosas marinas; Thaulow, noruego, varias vistas de la ciudad de Dieppe, tomadas de noche; y los holandeses Marcette, Baertscen y Willaerts, bonitos paisajes de su país. En esta sección ocupan un lugar muy distinguido nuestros paisanos: Barrau con su sentida composición *El Corpus en Cataluña*, paisaje impregnado de poesía con varias figuras admirablemente dispuestas y trazadas; Rusiñol con sus originalísimos paisajes andaluces, y Casas y Zuloaga con sus notas impresionistas, que revelan el estudio profundo de la naturaleza. Mencionaremos finalmente en globo á los que en el género que nos ocupa han presentado obras dignas de alabanza: entre los impresionistas y vibristas, Sisley, Lebourg, Eliot, Montenard, Paillard, Claus, Smith y Rock; entre los paisajistas que rinden culto á los procedimientos delicados, Millot, Costeau, Meslé, Iwille, Clary, Chudant, Lecamus, Menard, Perrandean, Muenier, Burnand, Caillat, Huét y Karbousky; y entre los que con pincel vigoroso pintan lo que ven y lo que sienten sin prejuicios, Guignard, Miexmorón, Binet, Dauphin, Damoye, Dumolin, Mesdag, Prinnet, Georges, Griveau, Aubin, Boulard, Courant, Chevalier, Vaysse de Latenay, Haumont, Cabrit, De Feure, Douglas Robinson, Walton, A. K. Brown, Harrison, Saef, Lambert, Waidmann, Martens, Tremerie, Gudden, Jeldels, Courtens, Jettel, Wahlberg, Albert, Davis y Verstraete.

De los cuadros de género han sido los más discutidos los de Beraut y Binet. *El empujón*, del primero, es una pintura simbólica en que se presenta una de las fases de la lucha social: un grupo de proletarios armados y miserablemente vestidos invade un comedor cuya mesa, ricamente servida, abandonan precipitadamente los aristocráticos comensales, á excepción de un joven que, sosteniendo en sus brazos á su compañera desmayada, se muestra imperturbable ante aquella acometida y opone una copa de champagne al puñal con que uno de los descamisados le amenaza. Este cuadro, por el pensamiento que lo informa, el de excitar á unas clases sociales contra otras, y por muchos detalles de ejecución, ha merecido severas censuras de algunos críticos. También ha sido censurado por su *María Magdalena* Adolfo Binet, á quien se echa en cara que poseyendo el talento artístico de que ha dado pruebas tantas veces y aun en esta misma exposición, presente al lado de otras muy notables esta obra tendenciosa, de pensamiento obscuro, de composición deficiente y de no muy buena ejecución.

En cambio han sido muy elogiados Cottet por su *Viuda bretona*, León Frederic por un desnudo de mujer y una admirable figura en medio de un campo, Evenepol por sus *Obreros regresando del trabajo*, Lobre por sus interiores de Versailles, Jeannot por sus *Viejas* y por sus interiores de Guernesey, Dauchez por su *Romería*, Richon Brunet por sus *Sevillanas*, Dinnet por sus *Argelinas*, Plener por su *Despedi-*

da, Liebermann por su *Baño* y por su *Vagabundo* y Piet por su *Mercado*.

Son dignos también de mencionarse los cuadros militares de Couturier y Rixen; los lienzos *mundanos* de Friant, Firmin Girard y Jourdain; los de costumbres populares de Rousseau, Nillet y Perret, y las naturalezas muertas de Zakarian, Matisse y Anita Ayrton.

Para terminar la sección de Pintura, citaremos los pasteles de Luisa Breslau, Thaulow, Sonnier, Bellenger, y los de las señoras Gyp y Marleff y las acuarelas de Marchette, Dinnet y Osterlind.

En la sección de Escultura, relativamente pobre en obras de verdadero mérito, sobresalen los grupos en mármol y los bocetos de Rodin, en especial el de *La Ilusión hija de Icaro*, el monumento á Moliere de Injalbert, las fuentes de Baffier y Roche, las figuras de la señora Cazin, Escoula, Fagel, Vallgreen y Antonieta Vallgreen, los bustos de la señorita Claudel y de Bourdelle, la estatua de *Verlaine* de Niederausen y las estatuillas militares de Cordier.

En la de grabados y dibujos son dignos de citarse los croquis de Cazin, Lerolle, Jeannot, Rousseau, Piet y Engel; los dibujos á la pluma de Mac Carter; los retratos de Rippe Ronai, Cunhing, Mycho y Girardot; los cartones decorativos de Van Driesten; las composiciones de Vogel; los *Meses* de Grasset; las alegorías de Schwabe; los grabados de Carriere, Hellen, Jeannot, Riviere, Lepere, Florian, Guerard, Beltran, Bejot, Desboutsin, Desmoulin, Kœpping, Paillard, Zorn y Storn de Gravesente; las aguas fuertes de Blanche y María Gautier, y las litografías de Riviere.

Tal es á grandes rasgos la actual exposición del Campo de Marte, acerca de la cual un ilustre crítico francés ha escrito el siguiente párrafo, que creemos merece ser reproducido:

«Lo que ante todo sorprende cuando se pasa la vista por aquellas paredes, es el incremento que toma la incoherencia en las ideas, la temeridad de las teorías y la impertinencia del procedimiento. Tal artista, á quien en otro tiempo le gustó aprender, parece ahora poner empeño en hacer ver que no sabe nada; tal otro, que comenzó bien, se sustrae á todas las reglas, se aplaude sus propios errores y se excita á aparecer cada vez más extravagante. Hay en el Campo de Marte cosas descaradamente abominables, locuras sin pies ni cabeza, ridiculezas de una fealdad carnavalesca, hechas con toda intención y en nombre de la regeneración del arte, más aún, de la invención del arte; pues para los que tales caminos siguen, todo cuanto hasta nuestros días se ha realizado debe ser mirado como no sucedido y entregado al más bajo desprecio. Esto que digo es la verdad pura. Y aun hay quien les anima ruidosamente, quien les hace la corte, y hasta plumas que les exaltan en prosa y en verso. ¿Verdad que esto es el colmo de la bufonería?» - X.

SUEÑOS

Jamás hubo pareja más igual ni caracteres que mejor congeniaran... Soñadores los dos, ¡cuántas veces los sorprendió el día apoyados en la barandilla del balcón, con las manos cogidas y mirando al cielo, como si pretendieran descifrar aquel canto de amor, escrito para ellos con estrellas sobre el tachonado azul del infinito!

Se habían encontrado un día vagando los dos sin rumbo cierto por el mundo, y atraídos mutuamente se comprendieron, uniéndose por misteriosa é inexplicable simpatía. Subyugada ella por aquel vértigo de ideas brillantes que él la exponía, vistiéndolas con las más encantadoras galas de su imaginación de poeta; arrullado él por las delicadezas amorosas de que ella le hacía objeto; poco á poco, adelantando hoy un paso y mañana otro, fueron aproximándose hasta quedar unidos por completo.

Pero soñaban siempre, sí; soñaban los dos. Desde los balcones de aquella casa, situada en uno de los extremos de la capital, contemplaban el espléndido paisaje que ofrecían á su vista las frondosas alamedas de la Moncloa. Gozaban de la naturaleza con placer inefable y pasaban despiertos la noche entera para proporcionarse la satisfacción de presenciar el nacimiento del día. Entonces sus almas palpaban de gozo al advertir la claridad del alba, que se anunciaba, imponente y esplendorosa, apagando estrellas y haciendo girones en las sombras, por los que se precipitaba la luz.

Durante la noche no turbaban la dulce placidez de aquel retiro más ruidos que los que producían las continuas entradas y salidas de trenes en la próxima

estación, y hallaban cierto secreto encanto al contemplar en lontananza la humeante locomotora que silbaba corriendo vertiginosa á través de los campos, señalándose como un punto luminoso en medio de las sombras de la noche.

Volvían después los ojos á la ciudad en la hora del crepúsculo y admiraban el espectáculo delicioso que ofrece Madrid encendiéndose á lo lejos. En todo hallaban nuestros enamorados motivos de recreación para la vista, y alegres, dichosos, dejaban transcurrir los días entregados por entero al disfrute de su amor, amor gozado sin trabas ni freno, pletórico de encantos, plácido y tranquilo.

Se habían cubierto de hoja los árboles, y las frondosas acacias plantadas á lo largo de la acera lanzaban su perfume penetrante, embalsamando el ambiente.

Noches tranquilas y serenas... ¡con qué velocidad transcurríais!

Llegaban hasta aquel apartado rincón los ruidos de la capital, como un rumor vago é indefinible; la tranquilidad del barrio entero sólo se veía turbada de vez en cuando por el ruido de algún coche parando de pronto en firme ante la verja del elegante hotel. Sonaba después la campana, y luego abríase la pesada puerta, advirtiéndose distintamente las pisadas de los caballos sobre los arenados paseos del jardín; rumor que se iba debilitando poco á poco, hasta perderse por completo...

Tanta felicidad rendía... Aquel espectáculo gozado por dos soñadores impenitentes embriagaba, y al amanecer, cuando de nuevo los sorprendía el alba, asomados al balcón y cogidos de las manos, al rumor producido por el despertar del día con los trinos de los pájaros y el soplo de las brisas, contribuían nuestros dos enamorados juntando sus bocas, de donde estallaba un beso que parecía dar más fuerza al viento, más luz al cielo, más alegría á las aves.

* *

Aquello fué un sueño, un sueño nada más, sin razón ni motivo, que huyó para siempre. Tras el placer llegó el cansancio, la desilusión, el hastío, y al aparecer, triste, la realidad... voló el encanto.

Llegó el invierno, y á los bellos días estivales sustituyeron los soñolientos amaneceres; al panorama verde y espléndido, la vista de unos campos yermos y unos árboles desnudos, y al cielo claro, azul, diáfano, los espesos nubarrones suspendidos sobre las altas montañas de nieve.

Ya la contemplación del paisaje no causaba placer ninguno y sí tristeza. Y es cosa sabida que con las tristezas vienen los recuerdos, y si doloroso es recordar el mal sufrido, mayor pesar causa el recuerdo del bien gozado y la dicha perdida.

El canto de amor se había suspendido... Ya no encontraba él aquellas bellezas de los pasados días, y estaba horas enteras con la frente apoyada en los cristales del balcón, mirando tristemente el horizonte, como un pájaro encerrado en su jaula.

¡Con qué envidia veía pasar por la calle á los escasos transeúntes que por allí discurrían! «¡Esos son libres!» pensaba melancólicamente, y así pasaba los días, taciturno, sin gusto para nada, sintiendo la nostalgia de la vida antigua, las amistades abandonadas de pronto, los amores fáciles, las relaciones cortadas, todo lo que en un tiempo constituyera el mayor encanto de su existencia.

* *

Por fin, se decidió á salir una noche, solo. ¿Cómo convenció á su compañera? ¡Quién lo sabe! Necesitaba estar solo, pensar detenidamente, calcular, decidir algo...

Salió de casa... Ella le acompañó hasta el descansillo de la escalera, oprimiéndole contra su pecho, pidiéndole por Dios que no regresara tarde, no por desconfianzas de su amor, no porque tuviera celos, no; poniale por disculpa la soledad en que ella quedaba, lo solitario del barrio á las altas horas de la noche, y en tanto, él la besaba despidiéndose alegremente, haciéndola fervorosas protestas de amor, jurándole no tardar más que el tiempo preciso para ventilar el asunto que le obligaba á salir de casa de noche.

Al poner el pie en la acera levantó la vista á los balcones de la casa; en uno de ellos estaba su amante despidiéndole y enviándole, al perderle de vista, un beso con las puntas de los dedos.

Él se alejó rápidamente, pensando, á su pesar, que no era noble su proceder... Sentía remordimientos... Aquella mujer no debía quedarse sola... Él debiera consagrarse á ella que se mostraba siempre tan dulce, tan cariñosa... Y si no, vedla despedirle amorosa enviándole un beso largo, apasionado... ¡Oh! ¡Aquello era infame, criminal, indigno!..

Y seguía caminando rápidamente, sin detenerse. Llegó al centro de la capital, pareciéndole nuevo todo lo que veía; el continuo ir y venir de las gentes, la abundancia de carruajes, las luces de los cafés y las puertas de los teatros con la muchedumbre apiñándose para entrar... Todo le parecía nuevo y lo miraba atontado...

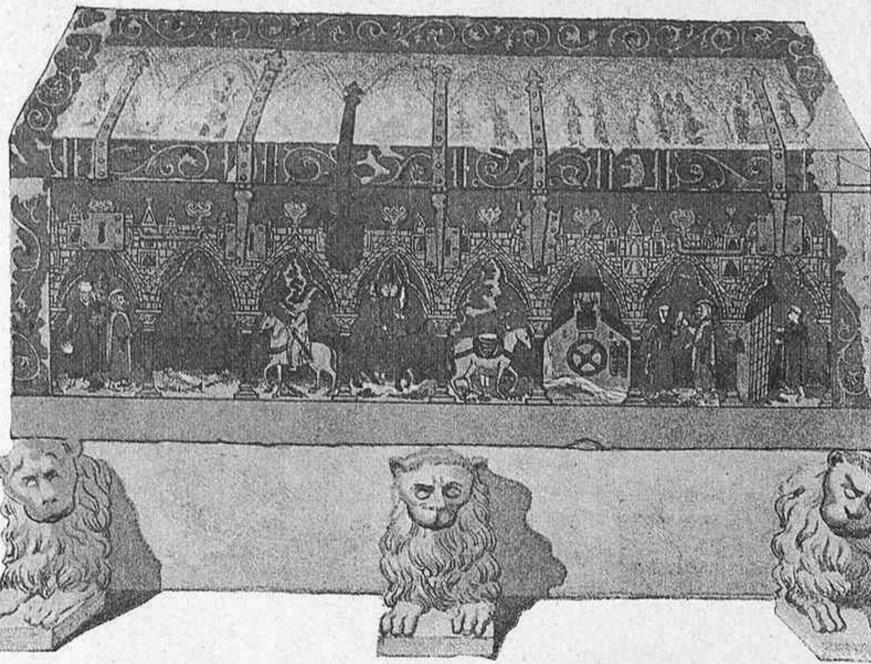
Encontró á algunos amigos, le detuvieron y ¡qué de exclamaciones, qué de abrazos!.. Se hicieron chistes á su costa, se habló del tiempo transcurrido sin verle, se le hicieron reconvencciones llamándole ingrato y egoísta, y él, en tanto, se contentaba con sonreír, sin que se le ocurrieran palabras para contestar á aquel diluvio de preguntas.

Aquel era su elemento, su dicha, su placer, su vida entera...

Invitáronle al teatro, accedió, y allí, como en las calles, todo lo desconocía y preguntaba por la corista tal y la tiple cual, no encontrando cosa que no desconociera... ¡Ah! ¡Qué noche más deliciosa! Luego, al salir del teatro fueron á reunirse con otros amigos en el café donde acostumbraban á ir todas las noches, y al entrar allí volvieron á reproducirse las demostraciones de asombro al ver á nuestro héroe que respiraba con placer aquella atmósfera viciada é insoportable.

* * *

Rápida transcurrió la noche, como un sueño que, fugitivo, desapareciera; pero al retirarse á su casa, cuando en el horizonte comenzaban á apuntar las tintas de la alborada, vino á su mente el recuerdo de su amada, la dulce compañera que, impaciente, le esperaba miedosa... ¡Y sintió vergüenza de sí mismo! Recordó los mimos, las atenciones de la despedida al salir de su casa, pues parecía, al ver la tristeza de aquella mujer, que se ausentaba para largo y peligroso viaje, cuando en realidad sólo iba á tardar algu-



ARCÓN QUE GUARDABA EL CUERPO DE SAN ISIDRO EN MADRID (de fotografía)

nas horas, y recordó por último, con íntimo remordimiento, el beso enviado desde el balcón...

¡Pobre beso, engendrado al choque de unos labios de grana con las rosadas puntas de unos dedos enanitos, ya no tenía para aquel hombre desamorado la fuerza de atracción que en otro tiempo más feliz poseyera!

¡Pobre beso, lanzado á los espacios y perdido en ellos, traído y llevado por el viento, sin dirección alguna, qué habrá sido de ti, sin tener quien te recogiese al caer, abandonado por el aire, sobre las losas de la acera!

* * *

Y subió á su casa... Penetró de puntillas en el dormitorio, separó las cortinas del lecho y miró...

Ella dormía dulcemente... La arandela de la bujía

estaba á punto de arder, caído en el suelo un libro de versos, algunas páginas se habían salido y estaban esparcidas por la habitación. Ella soñaba, soñaba... y sonreía...

JOSÉ JUAN CADENAS

NUESTROS GRABADOS

Noticias, cuadro de Enrique Serra. - «Serra goza de una fama merecida, é Italia, y especialmente Roma, debe estar de ello orgullosa porque el artista la ha escogido como su segunda patria.» Así se expresa uno de los más conspicuos críticos italianos hablando de nuestro ilustre paisano, y teniendo en cuenta cuán parcos en elogios para los extranjeros son los escritores de cada país, se comprenderá la importancia que tienen las palabras copiadas. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha publicado muchas obras de Enrique Serra, y por lo mismo no hemos de reproducir las alabanzas que otras veces le hemos dedicado. *Noticias* es un cuadro de proporciones minúsculas, del mismo tamaño que el grabado que publicamos, y lo que más maravilla en él es la perfección de los detalles, esa cualidad que tanto renombre valió al gran Meissonier: analícese como se quiera, no se encontrará en esta obra la menor imperfección, el más mínimo descuido; todo en él es acabado, todo perfecto, sin que esa minuciosidad de ejecución perjudique en modo alguno el conjunto, en cuya concepción se advierte la maestría con que compone sus asuntos su laureado autor.

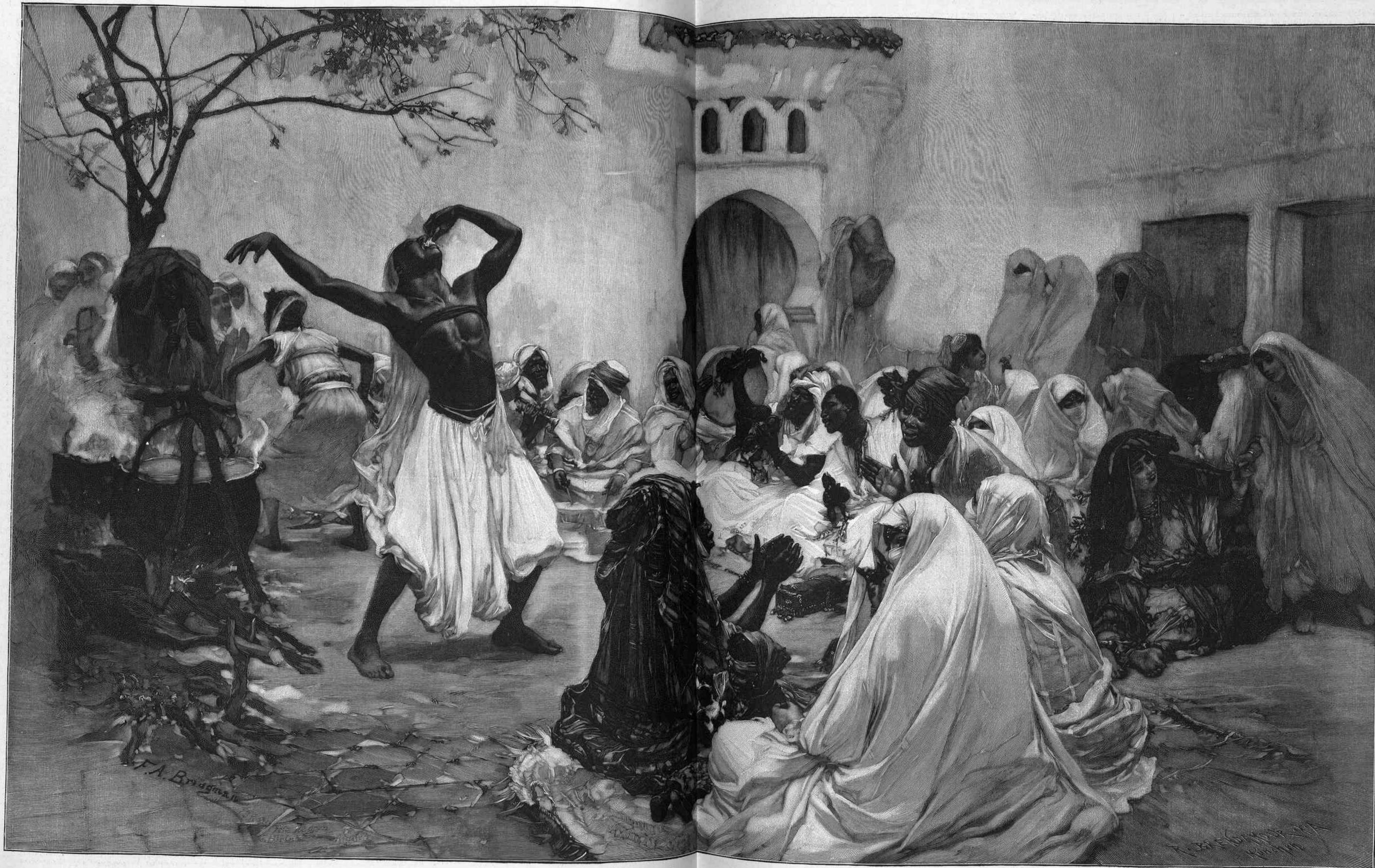
Noticias ha sido adquirido por el señor conde de Guaqui, uno de los más ilustres aristócratas de la corte de España.

Noticias ha sido adquirido por el señor conde de Guaqui, uno de los más ilustres aristócratas de la corte de España.

Arcón que guardaba el cuerpo de San Isidro en Madrid (de fotografía). - Este arcón donde en un principio fueron depositados los restos mortales del santo, y que después de trasladados á la rica urna en que hoy descansa, se conserva en la iglesia de San Andrés, se tiene por obra de las últimas décadas del siglo XIII ó principios del XIV. Tiene dos metros de longitud, con cubierta en pirámide truncada, y está compuesto de recios tablones de madera de pino sin pulir en el interior. Sus caras están pintadas al grafito ó esmalte, y en los dos frentes tienen por tema los milagros hechos por San Isidro: en ellos aparecen los retratos de éste, de su esposa Santa María de la Cabeza y de su amo Iván de Vargas, cuyos trajes ofrecen vivísimo interés como ejemplo de indumentaria de la época. El adorno consiste en follajes y flores, así como en una arcada que separa los diversos cuadros.



Horas de angustia, cuadro de E. Adán (Salón de los Campos Elíseos de París)



FIESTA DE NEGROS EN BLIDAH (ARGELIA), COPIA DEL NOTABLE CUADRO DE F. A. BRIDGMANN

Los borrachos, cuadro de Antonio Fabrés. — Cuantos visitan el actual Salón de los Campos Elíseos de París no pueden menos que contemplar admirados la última producción de nuestro querido colaborador, que en este número reproducimos. Fabrés es maestro en el dibujo, posee todos los secretos del colorido, y huyendo de esas tendencias extremas que á tantos errores han conducido, atiéndose á lo que es tradicional en él y dibuja y pinta como deben hacerlo los que saben manejar como él el pincel y el lápiz, armonizando por modo asombroso la grandiosidad de la composición con las delicadezas y minucias de la factura. Gracias á esto obtiene efectos como el del hermoso cuadro *Los borrachos*, en el que cada figura, cada objeto tienen todo su valor y aparecen combinados en un conjunto por demás bellísimo; gracias á esto también no sólo ha conseguido que París, su actual residencia, ratificara y aun aumentara la fama que tenía ya de tiempo adquirida, sino que ha logrado hacerse uno de los artistas cuyas obras tienen más salida entre los buenos aficionados. Una vez más felicitamos al Sr. Fabrés desde estas columnas que tantas veces se han honrado con sus bellas composiciones.

Horas de angustia, cuadro de E. Adán. — El aspecto del mar ha sido espantoso durante la última noche, y las pobres mujeres de los pescadores han pasado horas de terrible angustia oyendo en medio de las tinieblas los silbidos del viento huracanado y los bramidos de las olas al romperse en la playa y azotar con estrépito el acantilado. Apenas ha despuntado el día han acudido todas á lo alto de la colina que les sirve de observatorio, para ver si desde allí distinguen las barcas causa de sus zozobras y objeto de sus amores y de sus esperanzas. Los furiosos y peligros del mar han inspirado á multitud de artistas: el celebrado pintor francés E. Adán ha buscado en ellos tema para el cuadro que expuso en el último Salón de los Campos Elíseos de París y en el cual ha seguido el procedimiento que adoptó desde los comienzos de su carrera artística y que le ha valido grandes triunfos, el de las líneas que se hunden en el horizonte, cuyo hermoso efecto puede apreciarse perfectamente contemplando la empinada escalinata del cuadro que nos ocupa.

El cardenal Galimberti. — Este príncipe de la Iglesia, recientemente fallecido en Roma, nació en 1836 de familia modesta y comenzó su carrera enseñando historia eclesiástica á los alumnos de la Propaganda; fué luego canónigo lateranense, prelado doméstico y en 1885 secretario de los asuntos



EL CARDENAL LUIS GALIMBERTI,
fallecido en Roma el 8 del actual

eclesiásticos extraordinarios. Cuando se apeló al arbitraje del Papa para dirimir la cuestión surgida entre España y Alemania acerca de la posesión de las islas Carolinas, fué Galimberti quien redactó el fallo emitido por el Pontífice en esta cuestión. Desempeñaba el citado cargo de secretario de asuntos eclesiásticos cuando llevó á cabo el hecho más notable de su vida, contribuyendo eficazmente á poner término al *Kulturkampf* ó cuestión religiosa en Alemania. En 1887 León XIII lo envió á Berlín con objeto de felicitar al emperador Guillermo I con motivo de su 90.º cumpleaños y Bismarck lo recibió cordialmente; pero cuando quiso tratar con él del poder temporal y de la imposibilidad de que continuase el Papa en las condiciones en que se hallaba, nada pudo recabar de él. En abril de 1887 fué nombrado nuncio apostólico en Viena, y en aquella capital permaneció seis años, consiguiendo dirimir las diferencias religiosas que había en varios países del imperio. Al volver á Roma en 1893 fué elevado á la dignidad de cardenal en premio de sus servicios, y hasta su muerte ha figurado como uno de los individuos más preeminentes del Sacro Colegio.

Djemal-ed-din. — Este sheikh, cuya extradición acaban de pedir las autoridades persas á Turquía, por considerarle como instigador del asesinato del sha de Persia, se encuentra ahora de dependiente en el Yildiz Kiosk. Musulmán de ideas avanzadas, puede decirse que ha nacido para la infamia. Sospechoso de complicidad en una conjuración para destronar al sha, tuvo que huir á la India, de aquí á San Petersburgo y á París, y luego á Londres. Escribe con facilidad, y sus artículos han sido publicados en varias revistas y periódicos ingleses, aprovechando sus aptitudes literarias, siempre que le es posible, para mantener en su país la excitación contra la dinastía reinante.

Fiesta de negros en Blidah, cuadro de F. A. Bridgmann. — El autor de este cuadro nos transporta á una de las más importantes ciudades de Argelia y nos hace asistir á una de esas fiestas típicas orientales que siempre tendrán poderosos atractivos para los artistas europeos: en el patio de una casa y ante numerosos espectadores sentados en cuclillas y formando semicírculo, varios juglares negros se entregan á sus danzas retorciéndose en extrañas contorsiones ó ejecutando juegos de sorprendente efecto, como el de tragarse carbones encendidos, que es el que reproduce en su obra el celebrado pintor alemán Bridgmann. Este ha sabido dar á su lienzo todo el color local que el asunto requiere, y con su talento imprimir gran relieve á la escena trazando unas figuras llenas de vida y de expresión y derramando sobre todo el cuadro las esplendideces de luz que tanto nos maravillan en los países de Oriente.

D. Juan Martínez del Cerro. D. Quintín Gutiérrez. — En medio de las desdichas que afligen á nuestra querida patria, son un gran consuelo las constantes pruebas de cariño que España recibe de sus hijos residentes en el extran-



D. JUAN MARTÍNEZ DEL CERRO,

individuos de la colonia española en México que se han distinguido extraordinariamente en los trabajos para fomentar las suscripciones patrióticas en favor de España

jero, y muy especialmente de los que viven en los distintos Estados americanos. Entre éstos, figuran en término muy principal los establecidos en México, que no cesan de recaudar fondos para facilitar á la nación española medios con que acabar cuanto antes la insurrección de Cuba: en la actualidad, aquella colonia está en tratos para la construcción de un buque de guerra que regalará á nuestro gobierno y para el cual hay ya reunida la



DJEMAL-ED-DIN,

sheikh persa á quien se supone instigador del asesinato del sha

suma suficiente. En todos estos trabajos patrióticos han tomado parte muy importante los Sres. Martínez del Cerro y Gutiérrez, cuyos retratos reproducimos.

El Sr. Martínez del Cerro, hijo de una ilustre familia gaditana, dedicóse en la capital mexicana al comercio, y ha sabido conquistarse una reputación y una posición envidiables en el mundo mercantil, por sus conocimientos, honradez y actividad. De amable y fino trato, de carácter extremadamente bondadoso y dotado de una educación brillante, el Sr. Martínez del Cerro goza en la capital de México de generales simpatías. El señor Gutiérrez, oriundo de Alceda (Santander), fué siendo muy joven á aquella República, en donde ha conseguido tanta honra como fortuna en el ejercicio del comercio. Siempre ha sido muy afecto á los intereses de la Beneficencia Española en México, institución que ha tenido en él á uno de sus más decididos sostenedores, mereciendo ser citados su gestión en la Casa de Salud y sus trabajos para la construcción del cementerio español. En todas las calamidades que han pesado sobre España ha sido de los primeros en apurarse y reunir socorros para sus compatriotas: así lo hizo cuando las inundaciones de Murcia y Consuegra y cuando los terremotos de Andalucía.

En las actuales difíciles circunstancias los Sres. Martínez del Cerro y Gutiérrez no se han olvidado tampoco de la madre patria, pues como hemos dicho, han figurado en primera línea entre los que más han trabajado para proporcionar auxilios al gobierno español.

Los retratos de estos dos señores con cuya publicación se honra LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, son reproducción de dos fotografías que nos han sido remitidas desde México por don Claudio Scapachini, á quien damos las más expresivas gracias por su atención.

Golondrinas de mar, fotografía de G. Wafmough Webster. — La fotografía ha llegado á ser un arte en toda la extensión de la palabra: el fotógrafo ya no se limita á reproducir fielmente cuanto se pone delante del objetivo de su aparato, sino que *compone* con verdadero gusto artístico la disposición de las figuras si de retratos se trata, ó escoge para sus vistas de paisajes aquellos que tienen todas las condiciones para producir la emoción estética. Así se ha logrado obtener fotografías que parecen cuadros, según han podido comprobar nuestros lectores con algunas que en estas páginas hemos publicado y al lado de las cuales puede figurar muy dignamente la que reproducimos en el presente número.

La princesa y la rana, cuadro de W. R. Symonds. — Mientras unos pintores sólo en la realidad buscan asuntos para sus producciones, otros únicamente en la ficción

se inspiran; y del mismo modo que los primeros así se fijan en las notas de grandiosidad dramática como en las nimiedades más insignificantes, los segundos ora se elevan á las más altas regiones de la fantasía, ora se entretienen dando forma á las



D. QUINTÍN GUTIÉRREZ,

más infantiles consejas. Y en todos los casos pueden producirse bellísimas obras de arte, cual sucede, por ejemplo, con el cuadro *La princesa y la rana*, del ilustre pintor inglés Symonds, quien ha trasladado al lienzo, dándole forma encantadora, una escena de uno de esos cuentos que tanto deleitan á la gente menuda y que á veces contienen lecciones muy dignas de ser aprovechadas por las personas mayores.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — ZURICH. — Con destino á la Galería de Pinturas de Henneberg han sido adquiridos últimamente los celebrados cuadros *Pieta*, de Francisco Stuk, y *Familia de baxantes*, de Hans Makart.

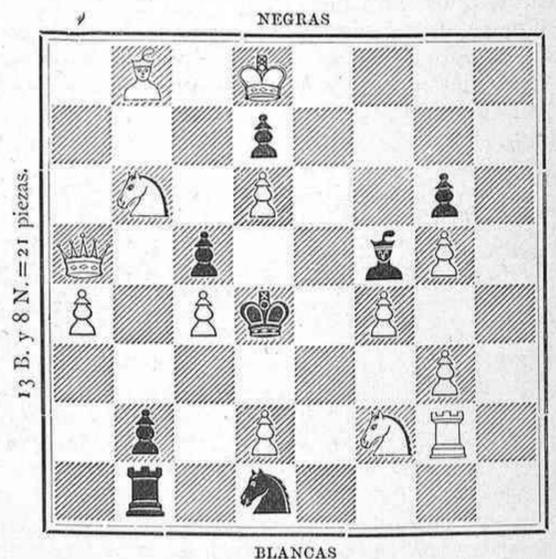
Teatros. — MADRID. — En el teatro circo Colón se ha estrenado con buen éxito *Simbad el Marino*, zarzuela de gran espectáculo, inspirada en el conocido cuento de «Las Mil y una noches»; el libreto, de D. Calixto Navarro, es poco interesante; en cambio la música, del maestro Brull, es muy bonita.

Barcelona. — En el teatro Lírico se han dado bajo la dirección del maestro Nicolau cuatro conciertos clásicos: la pieza culminante en todos ellos ha sido *La consagración del Graal*, de la ópera de Wágnner *Parsifal*, en cuya ejecución ha tomado parte el célebre coro de hombres y niños del reputado Orfeo Catalá que dirige el maestro Millet. El efecto de esa grandiosa escena de una de las más hermosas partituras del inmortal compositor bávaro ha sido admirable, mereciendo entusiastas aplausos los maestros directores, la orquesta y los coristas.

Necrología. — Han fallecido: Juan Guillermo Lindlar, paisajista de Dusseldorf. Martín Eskil Winge, pintor de la corte de Suecia, individuo de la Academia de Estocolmo, notable por sus cuadros históricos, mitológicos y heroicos. Kurfess, escultor de la corte de Stuttgart.

AJEDREZ

PROBLEMA 20, POR CARLOS BOSCH DE LA TRINXERÍA



Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 19, POR D. GALCERÁN

- | | |
|--------------------|----------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C7 CR | 1. R toma C (*) |
| 2. D6 TR jaque | 2. R toma D ó juega. |
| 3. A8 AR ó D mate. | |

(*) Si las negras juegan 1. R2 AR, la solución sigue así: 2. D5 AD y 3. D8 AR ó 7 R mate; — si 1. R4 R; 2. D3 AD jaque, y 3. D ó A mate; — y si 1. C ó P juegan; 2. D7 AD y 3. D ó A mate.



¿Qué idea me dió de lavarme los pies en el arroyo?

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

VIII

María miraba el verde licor de la segunda copa de ajeno que había traído, con la obstinada atención con que el mago contempla la redoma en donde hace un conjuro. Estaba silenciosa, pero sus labios se movían como los de la pitonisa que va á pronunciar un oráculo.

De repente prorrumpió en un acceso de locuacidad.

— Mira, Felicio, dijo, llevándose la copa á los labios, este licor es fenomenal. Proporciona goces exquisitos, pues hace pensar en lo que se desea, confundiendo el pensamiento con la realidad... ¿Sabes dónde imagino que estoy ahora? Pues en el campo de Coria del Río, cerca del Guadalquivir; en aquellas llanuras y alcores que serían el paraíso, si no las devastara el sol, enamorado de ellas. Salgo del cortijo de mi padre...

— ¿Del que tu padre era ó es dueño?

— No, del que era arrendatario.

— ¡Ah!

— ¿Te sorprendes, te habías forjado ilusiones, me creías tal vez una gran señora viciosa ó campechana? ¿Suponías, como en las novelas, que ha sido precisa una raza de héroes para engendrarme? ¿Qué título me dabas, hijo mío? El de condesa, por lo menos. ¿No es así? Pero ¡querido Felicio! Dios no necesita cuarteles, ni campos de sotuer ó sinoples, para crear los tipos que le da la gana. Sí, yo he sido hermosa y tal vez lo soy todavía; he tenido la distinción, la elegancia que se atribuyen á las duquesas, y sin embargo mi padre era un labriego y mi madre hija de un leñador. Pues qué, ¿las castas humanas son como las de los animales? ¿Es necesario heredarla para tener *sangre pura*? ¡Delirios, hijo mío! Puede haber carniceros que parezcan reyes, á poco que se les pula, y reyes que se asemejen á carniceros.

María bebió otro sorbo de ajeno, y se quedó mirando al techo, como buscando la ilación de una idea que había perdido. Volvió á beber, y desde este momento se declaró en ella la excitación producida por el poderoso licor. Estaba en el primer período

de la embriaguez, en ese estado lúcido, en que salta la imaginación y los nervios y aún no se han embotado los sentidos. Movíanse sus manos apretando el cerrado abanico ó dando ligeros golpecitos sobre la mesa. Se había quitado el otro guante, y Felicio contemplaba aquellas manos de irreprochable belleza.

Tenía el pañuelo sobre una silla próxima, al alcance de la mano, y á veces se le pasaba por la frente como queriendo apaciguar el calor. Aquel pañuelo fino y blanco despedía un olor delicado, y en una ocasión, al dejarle sobre la silla, Felicio creyó entrever entre sus pliegues una corona heráldica.

— ¿Me engañará?, pensó el joven, ¿querrá mixtificarme respecto á su posición social?

María tenía levantada la cabeza, como si sintiera tirantez hacia la nuca. De pronto la bajó mirando á Felicio y luego al vaso de licor que tenía delante.

— ¿Qué te decía antes?, le preguntó.

— Salías del cortijo de tu padre.

— ¡Ah, sí! Salía todas las mañanas, muy temprano, cuando el reflejo del sol comenzaba á dar en las hojas de los olivos y en las pitas de los senderos, haciéndoles parecer acero pulido. Llevaba mi cantarita de Brenes, llena de labores, é iba por agua á la fuente. Tenía entonces diez años, y la carne y la cantarita me pesaban poco. A veces me detenía para ver una cigüeña posada á la pata coja sobre un picacho, ó algún escarabajo con su bola, que al tocarle yo con el pie se hacía el muerto. ¡Qué mañanas aquellas!.. ¡Y qué tardes y qué noches!.. ¡Las yuntas que volvían al cortijo, uncidas á sus melenas; las esquilas que sonaban; las graciosas carreras de los potrillos de la piara... y luego aquel corro á la puerta de la casa, á la luz de la luna, con aquellas guitarras y aquellas coplas, que oía embelesada!..

María enmudeció y bebió otro sorbito de ajeno. Después prorrumpió á hablar otra vez. Pero sus palabras eran tan incoherentes como sus ideas.

— ¿Las pequeñas causas producen los grandes efectos?... ¿Qué idea me dió de lavarme los pies en el arroyo? Quizá sin esto no me hubiera visto... Era guapo, tenía el aspecto de lo que es, pero ¡aquella mirada que me echó!.. Y cuando me encontró sola

en el cañaveral y me oprimió entre sus brazos y grité y vino mi padre...

María pensaba hablar consigo misma. Felicio la escuchaba con la atención lastimera del que oye el delirio de un enfermo.

— Sí, todo se arregló, prosiguió aquella. Mis padres quisieron hacer de mí una gran señora... Una gran señora borracha de ajeno, repuso María prorrumpiendo en una carcajada nerviosa... Una esposa y una madre que no tiene marido, que no tiene hija..

— María, interrumpió Felicio, compadecido de aquella tensión de espíritu. Desecha esos recuerdos, hablemos de otra cosa. Me haces daño.

— Pues bien, prosiguió María con la obstinación de la embriaguez. Te hablaré del colegio de Sevilla, un colegio francés montado al pelo. ¡Qué directora y qué pasantas tan finas! ¡Tan finas como los caramelos de los aguaduchos de Sevilla!.. *Mademoiselle, prenez garde, évitez l'embonpoint. Mademoiselle, ayez soin des ongles. Mademoiselle, surtout pas de grimaces.* Ya ves, querido Felicio, cuán fácil es hacer una dama pulida de una tosca labriega.

María enmudeció un momento, y después prosiguió como hablando consigo misma:

— Sí, lo que me perdió fueron las ideas de Dorila... Todo lo veía á través del prisma del lujo y de la elegancia... Ella me contagié..., y luego, ¡aquella maldita feria de Sevilla, aquellas madrileñas é inglesas de Gibraltar con sus dengues y filigranas! Yo era sencilla, hubiera vivido siempre feliz en mi campo de Coria, como lo fuí cuando niña. Me desvanecí, perdí el sentido, no pude resistir á los deseos de mis padres... Sólo mi abuela tuvo juicio en mi casa. «No te cases con ese hombre... Cada oveja con su pareja... Cásate con Dios...» ¡Ah, si yo hubiese entrado en el convento, como quería mi abuela! Ella veía la vida por su lado importante, porque ¿qué hay más importante que la salvación?

María volvió á interrumpirse. Bebió dos sorbos seguidos de ajeno, y luego continuó con acento cada vez más extraviado:

— ¿Sabes, Felicio, cuántos diablos existen en el infierno, sin contar los que no conocía mi abuela?

Pues hay, Moria, Misia, Sual, Rebla, Beee, Borintho, Uriel, Achaian, Choroen, Belcebú, Acaos, Cedón, Armer, Isbozeth, Apsón, Oreb, Ramesses, Boanergón, Sichor, Lapidoth, Ciñoth, Astaroth, Belfegor, Cosbí y ¡qué sé yo cuántos más! Mi abuela tenía razón: la gran preocupación de la vida debe ser evitar el infierno...

— No bebas más ajeno, interrumpió Felicio, que empezaba a asustarse de la excitación de María.

Pero ésta no le hizo caso.

— Yo no le amaba, seguramente que no le quería. ¿Por qué había de quererle? Apenas le había tratado, y además me llevaba muchos años de edad... Él sí que me quería... Pero ¿cómo? ¡Oh! Eso no lo perdonaré nunca, pretendió hacer de mí una... ¡Grosero!.. Y no por ignorancia, no... Pero como yo no era su igual... ¿Qué falta hace la delicadeza con la hija de un cortijero?.. «Tienes aire de duquesa.» ¡Ah! ¿Serán las duquesas como él quería que yo fuese?.. ¡Qué duquesas, qué gran mundo, qué culta sociedad, qué descotes, qué frivolidad!.. Me llevó allí para oír majaderías!.. «Spa será este año el centro escogido.» «El hipoponax es ya cursi.» «La raza caballar inglesa descende de Godolfin el árabe.» ¡Qué farsa! Que pronto me desilusioné... Aquellas mujeres que de lejos, en el campo de la feria, parecíanme admirables, me hacían el efecto de *fantoches* parlantes... Ya se ve, yo era una intrusa, una advenediza. ¿Sabes cómo me llamaban? La cortijera; lo he sabido; no pudiendo hallar en mí grosería natural, me reprochaban la nativa, ¡en el siglo XIX! ¿Comprendes esto Felicio!

— Pero, María, dijo el joven, que adivinaba aquella dolorosa historia de corazón. ¿Por qué insistes en esos recuerdos?

«¿Quién no lleva escondido un rayo de dolor dentro del pecho?,

como dice un poeta, que no conocerás probablemente... ¿Quién?..

— Sí, interrumpió María, con ímpetu. Muchos, los más, padecen; pero tienen compensaciones... afectos, esperanzas, familia, hijos, y yo... ¡Maldito licor!, prosiguió, levantando la copa de ajeno, casi vacía, y golpeándola contra la mesa con tal fuerza que se rompió. Ya no me queda ni el consuelo de este brebaje; hasta ahora me ha proporcionado siempre ideas agradables, y esta noche, no sé por qué, me recuerda todo cuanto pretendo olvidar... ¡Yo tengo una hija, Felicio, un encanto, que sería mi compensación; y me separaron de ella, y no la veo hace dos años!..

María bajó la cabeza y sus ojos se inundaron de lágrimas. Después, por una rápida transición, repuso casi gritando:

— ¿Por qué no he de morir, por qué no puedo matarme? Pero... ¡y Astaroth y Belfegor y los demonios de mi abuela!

Apoyó la cabeza en las palmas de las manos, y volvió a quedarse silenciosa y como abstraída. Sólo de vez en cuando exclamaba: «¡Hija mía, hija mía!» limpiándose los ojos con el pañuelo.

Felicio la miraba con amorosa conmisericordia, no hallando nada que decirle.

El mozo del café, que antes se había asomado á la puerta, atraído por el ruido de la copa, se adelantó diciendo:

«Son más de las dos, y vamos á cerrar.»

Estas palabras sacaron de su abstracción á María, y mientras el camarero colocaba las sillas sobre las tres mesas que había en la pieza, según costumbre en los cafés, para hacer la limpieza á la mañana siguiente, alargó á Felicio un bolsillito de boquilla, diciéndole:

— Ahí tienes, paga, y no te ofendas; pues bien pudiera ser que no tuvieses dinero.

Pero el joven no tomó el bolsillo. Se había ya puesto en pie, y dió un duro al camarero...

Aunque Felicio y María habían estado enteramente solos, toda esta escena tuvo un espectador.

IX

El templo está silencioso; la luz penetra débilmente por las altas ventanas; el espíritu de Dios flota en aquel espacio consagrado; las almas, unidas en una misma aspiración, exhalan el perfume de las oraciones.

En el altar mayor, que resplandece como recordando los esplendores del cielo, se efectúa el misterio que completa la redención humana; el Señor Sacramentado está allí; allí están los dos infinitos: el Creador y la creación, el amor presente y las promesas futuras.

Frente al Santuario velan los grandes y los pequeños, los poderosos y los débiles, los de alta inteligencia y los ignorantes, realizando la igualdad humana

y fijo su pensamiento en aquella mística Hostia que se ofrece á todos en la vida de la carne y en la de la eternidad.

Habéis entrado en la casa de Dios á rendirle gracias por vuestras prosperidades ó á rogarle que aparte de vosotros el cáliz de la amargura, ó quizá á pedirle que os perdone vuestros vicios ó vuestros crímenes. Dobláis la rodilla en tierra, olvidáis el tráfago de la vida, las miserias humanas; no os espanta la idea de la muerte, impotente contra vuestra alma; recordáis los derechos de ésta, y vuestro espíritu se llena de amor hacia el Creador y de fe en sus inefables promesas.

Súbito oís una voz débil, pero clara, que dice:

«Señora, ó caballero, ¿puede usted socorrer á una cesante de Estado?»

Aunque os fijéis en esta frase, aunque veáis á vuestro lado una especie de mujer, maniquí viviente envuelto en un sudario negro, no comprendéis el sentido de aquella interrogación, porque la voz no marca la diferencia de las letras mayúsculas y minúsculas. ¿Cesante de qué estado?, os preguntáis: ¿del honesto, del del matrimonio, del de mujer quizá? Vuestro primer movimiento es de disgusto, de repulsión, porque aquella voz plañidera os ha hecho descender de los altos limbos á que os habíais elevado; pero *charitas patiens est*: sacáis una moneda y la dejáis caer en una mano descarnada, cuyos dedos se asemejan á un manojo de sarmientos.

Aquel fantasma humano, ó mejor dicho, inhumano, se desvanece en las venas de la sombra del templo, y oculta en la penumbra de algún pilar, acecha una nueva víctima. Aquella cucaracha casi eclesiástica, pues la iglesia es el palenque en donde lucha contra la miseria; aquel espectro de la conciencia, más cruel que el mendigo de Espronceda, no disgusta vuestros sentidos con su *punzante mal olor*, sino que hiere vuestro espíritu haciéndoos recordar los puntos negros é ininteligibles que manchan la armonía del cosmos.

En vuestra casa, en los casinos, en los teatros, en los cafés, en las calles, estáis expuestos á llevar un *sablazo* (no explico esta frase, porque supongo que el lector la conoce); sólo en la iglesia y especialmente en las *Cuarenta Horas*, desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde, os halláis en peligro de sufrir *alfilerazos* tanto más molestos cuanto son más imprevistos.

Hay varios ejemplares de estas mendigas devotas; pero yo sólo me refiero á uno, al más importante, al que quizás ha inventado el género, y que interviene poderosamente en los sucesos que voy relatando.

Decía llamarse doña Aurora Porcel y estar entroncada con la familia del difunto general Narváez; pero supongo que, presuntuosa en todo, el raro tipo de que me ocupo ha trocado un nombre cualquiera vulgar por el poético de Aurora. Tenía mote, la apodaban la *Perdigona*, que es como un nombre de guerra, como un estigma de perdición, como una clasificación con que se designa á una variedad de la especie planta-humana, entre las que vegetan en medio de un enigma eterno: el día de mañana. Todos los españoles vivimos dentro de este enigma, aunque el mañana sea más ó menos lato, según la posición social. El grande de España ignora si el día de mañana conservará su título y su grandeza; el ministro de Hacienda no sabe si podrá cubrir las atenciones del mes próximo; el banquero no está seguro de no suspender sus pagos y hasta el rey está expuesto á dejar de serlo al día siguiente. España es un país de poetas y de filósofos; esto constituye nuestra grandeza y nuestra pequeñez; todos los españoles sabemos que, como dice Castelar, el mal desaparece en el conjunto, en lo universal, en lo eterno; que la víbora, ó sea el hombre, puede picar al hombre, pero no á toda la humanidad. De aquí resulta que el *alfilerazo*, el *sablazo*, la deuda y el empréstito, están en España á la orden del día.

La *Perdigona* tenía la estatura de una niña de trece años y la cabeza como la de la gigante Amiota, que defendía la puente de Mantible. Sus ojos eran grises, con la niña blanca y la córnea amarillenta á causa de vejez prematura: estos ojos, que se hacían vivos y penetrantes en la iglesia, durante sus trabajos de araña cazadora, fuera del lugar sagrado adquirían la expresión inerte de los de un fantasma mirando el interior de un sepulcro. El cuello de cigüeña de la *Perdigona* se incrustaba en un busto raquíptico y deprimido, bajo el que resaltaba un abdomen inmensurable. Era una mujer-vientre; desnuda debía parecerse á un feto hidrópico. Llevaba una mantilla de un negro pardo como los paños tumularios, un mantón negro, con la punta torcida al lado izquierdo, é iba enfundada en un vestido muy ceñido y muy largo. En la iglesia andaba con lentitud espectral, sin hacer ruido, como la pata afelpada del tigre;

pero por la calle caminaba apresuradamente, haciendo escarceos, variando de dirección y cojeando, no sé si por causa de los pies ó del calzado.

Perdigona es un mote gráfico, el femenino de *perdis* ó perdido; no obstante, viéndola negra, andando á saltos, con la punta de su mantón flotando al viento, debería habérsela llamado la golondrina, pues se parecía á una de estas aves con un ala rota.

Cumplida su misión matinal, después de los *alfilerazos*, la *Perdigona*, de pordiosera, pretendía transformarse en gran señora: su carácter se hacía altivo, sus aspiraciones elevadas. No hablaba más que de cosas amenas y aristocráticas. Iba á comer (cuando podía) á alguno de los cuatro famosos *restaurantes* conocidos con los nombres de *Pote venenoso*, *Hotel ful*, *Quejido ahogado* ó *Epopeya*. Este último es el que menos frecuentaba, porque se come por lista y no se sirven cubiertos á cuatro reales; y la *Perdigona*, en el poema de su vida, se inclinaba más á los episodios. Si se la encontraba comiendo, no era necesario hacerla hablar; ella inmediatamente *provocaba* la conversación.

— ¿Qué hora es, caballero?, preguntaba al que estaba más próximo. Mi reloj está parado.

— Tal hora.

— ¡Caramba, qué tarde! Bien he hecho yo en no ir á comer con Pilar Fernán-Núñez. Me he metido aquí por capricho; dicen que se sirve un estofado especial, y es cierto.

Cuando no Pilar Fernán-Núñez, era Ángela Medinaceli ó Rosalía Medina Sidonia la que la esperaba á comer; todas eran amigas y contemporáneas suyas.

A veces, en mitad de la conversación, exhalaba un suspiro y exclamaba:

«¡Pobre Paca!»

Así llamaban á una bella y malograda duquesa.

A fuerza de querer aristocratizarse, la *Perdigona* no conseguía su objeto de producir sensación, pues la mayor parte de los parroquianos de los susodichos *restaurantes* no conocían á aquellas señoras por sus nombres de pila.

Hablaba de casi todo, pero especialmente de política y de ornato público. Estaba muy indignada de que se permitiese á la gente ordinaria, á la que ella llamaba oclocracia, sentarse á la puerta de las casas á tomar el fresco, y sobre todo de que no se desterrara á Fernando Poo á un tagarote que vendía billetes de lotería, pues con su vozarrón penetrante atacaba los nervios de las señoras. Hablaba mal del ayuntamiento de Madrid, recordando que hacía luengos años que faltan dos asientos de piedra en la rotonda de la plaza de Oriente, y sólo la merecía alguna simpatía el actual inspector de arbolado, por haber hecho plantar varios árboles que faltaban en las calles de Atocha y Alcalá.

La *Perdigona* honraba con su protectora amistad á Matilde Díez; pero Julián Romea la hizo la corte, Matilde se enceló, y se habían enfriado sus relaciones, hasta que murió el gran actor. De poetas había leído á Meléndez Valdés y á Grilo. La pintura no la decía nada. Nunca hablaba de política ni de cuestión social; sin embargo, como no tenía nada que perder, temía vagamente á la internacional, recelaba de la Compañía de Jesús y no entraba nunca en un café que había en la calle de Alcalá, porque decía que estaba regentado por un jesuita. Tenía una pasión culminante, la curiosidad; no la que se refiere al aseo, sino al deseo de husmear vidas ajenas. Aunque fuese muy preocupada con sus proyectos de *alfilerazos*, si la *Perdigona* veía en algún sitio á propósito á alguna persona que al parecer acéchaba ó esperaba, ella á su vez la acechaba también y espiaba. Si se trataba de amantes de tapadillo, los seguía hasta ver lo que hacían ó dónde iban y procuraba informarse de quiénes eran. Durante el buen tiempo vagaba por las plazas y paseos retirados, y muy especialmente por los jardincillos de la Cuesta de la Vega, sitio apto para trapisondas amorosas.

Así era que la *Perdigona* sabía historias y conocía aventuras inauditas. El lector de cierta clase, que no haya descendido á ciertas capas sociales, supondrá que he tratado de describir un tipo imaginativo é inverosímil, y no obstante es de los más correctos entre los que pululan en Madrid, como en todas las grandes poblaciones. En Madrid hay quien voluntariamente carece de domicilio desde hace catorce años. En Madrid ha habido quien manejando constantemente mucho dinero, porque era jugador, sólo se ha mantenido de frutas y legumbres crudas. En Madrid hay quien ayuna todo el día, por pagar el coche en el entierro de personajes á quienes sólo ha conocido de vista. En Madrid hay quien no lleva camisa, y afecta retirarse temprano para de mañanita probar un tronco de caballos en la Fuente Castellana. ¿Quién puede conocer los innumerables extravíos de la locura humana?

X

Pues bien: Doña Aurora Porcel, alias la *Perdigona*, habíase enamorado profundamente de Felicio, con una pasión casi senil, porque aquélla rayaba ya en los cincuenta años. Le conoció en uno de los fonduchos que ambos solían frecuentar, y á aquel mamarracho femenino le llegó su hora, como suele decirse. La delicada y simpática fisonomía del joven, aunque surcada por las tempestades de la miseria, llamó desde luego su atención é impresionóla vivamente. La *Perdigona* tenía golpe de vista *distinguido*, lo cual confirmaba hasta cierto punto el aristocrático origen que se atribuía, y pudo apreciar la natural elegancia de Felicio. Oyó hablar á éste, y su modo de expresarse la encantó. Desde el primer momento sólo pensó en él, le buscaba en todas partes y se extasiaba mirándole. Procuró ponerse en contacto con él, é hizo tales cosas, que aquel amor de vieja verde produjo la hilaridad general en los cuatro *restaurantes* ya mencionados, en el café económico de la calle del Gato y en las dos ó tres buñolerías predilectas de los trasnochadores. Felicio, á quien sus compañeros nocturnos daban bromas por su *conquista*, primero comenzó por reírse y después halló molesta la insistencia de la *Perdigona*. Aunque era bueno y cortés por naturaleza, no pudo menos de hacer á ésta tales desaires, para quitársela de encima, que la pobre mujer se retrajo, y devoró en silencio su pasión, exasperada por el desprecio. Escribió una carta á su ídolo, como última tentativa, y se la dió por conducto de un mozo de café. En esta misiva, correcta en la forma, pero erótica en el fondo, expresaba al joven el ímpetu de su pasión; le decía que sólo deseaba vivir á su lado, verle siempre, ser su esclava, y ofrecía redoblar sus esfuerzos (*alfilerazos*) y remover el mundo á fin de que nada le faltara. Que sólo le pedía un poco de cariño y el derecho de pasar su mano por los negros y hermosos cabellos del joven; añadiendo otras majaderías, que á fuerza de apasionadas no eran ridículas.

Felicio rompió esta carta, y evitó con más ahinco la presencia de la *Perdigona*; pero ella le seguía de lejos cuantas veces podía, procurando no molestarle. Pasado algún tiempo, la vieja enamorada estaba más retraída, y parecía haber desistido de sus amorosas pretensiones.

Pero la fatalidad, que teje las urdimbres de la vida, reanimó aquella pasión (si es que ya comenzaba á apaciguarse) por medio de un incidente. Además de pordiosear en las iglesias, la *Perdigona* daba *alfilerazos* á domicilio, ó esperando en la calle á personas de *buen corazón*. Contaba entre éstas un capitán de fragata jubilado, que todos los días invariablemente volvía á su casa de once y media á doce de la noche, después de haber jugado su partida de tresillo en el café del Siglo. Existía como un convenio tácito entre el marino y la menesterosa, pues ésta le aguardaba todos los sábados en la plaza de Santo Domingo, esquina á la calle de Isabel la Católica, y aquél le daba cincuenta céntimos, ó una peseta, si le habían tratado bien en el juego. A veces, la *Perdigona* veía atravesar la plaza á D. Martín, que éste era el nombre del caritativo caballero, y avisaba al sereno de la susodicha calle de Isabel la Católica para que abriera la puerta de la casa en donde aquél habitaba.

La noche del encuentro de Felicio y María en el baile de Capellanes era sábado. La *Perdigona* acababa de dar su *alfilerazo* nocturno y semanal; cuando vió venir por la acera que da hacia el lado de la calle Ancha de San Bernardo á una pareja, cogidos del brazo, andando lentamente y con todas las señales de tapadillo. Alborotóse la instintiva curiosidad de la husmeavida ajenas, y por poco le da un síncope cuando reconoció á Felicio acompañando á una máscara de elegante aspecto. Exasperóse su pasión amorosa. Nunca el desdeñoso joven habíala hecho pasar por semejante prueba. ¡Felicio acompañando á una mujer, en actitud amartelada, enamorado de ella quizá! Aquello era demasiado. Siguió á la pareja, que bajó por la calle de Isabel la Católica, á alguna distancia, pegada á la acera opuesta y entregada á sus rabiosos pensamientos. Aquella mujer le robaba su bien, la suprema felicidad que ella había en balde ambicionado. Aquella mujer iba en contacto con Felicio, y él se inclinaba para verla mejor. ¿Quién sería? Parecía joven. La *Perdigona* hubiera dado los dos únicos dientes que le quedaban, por verla la cara; ¡pero llevaba tan calado el capuchón! Aproximarse

hubiera sido una imprudencia, que el joven no la perdonaría fácilmente, dando lugar á otros excesos: Felicio tenía el genio vivo. Resignóse, pues, á su papel de espía. Confundiendo su negra sombra con las de la noche, sorteando la luz de los faroles y con el corazón palpitante de despecho, siguió á Felicio y á su compañera. «¿Quién será? — pensaba la *Perdigona*. — Una perdida, de fijo. ¿Qué ha de ser si anda á tales horas con un joven desastrado? ¡El tal Felicio!.. Me la pagará, me la pagarán los dos.»

Haciendo este y otros monólogos mentales, y con ojo avizor para no perderla de vista, la enamorada y



Tenía diez años y la carne y la cantarita me pesaban poco

celosa vieja vió á aquella que suponía feliz pareja entrar en el café de Peláez por la puerta que da á la calle de las Beatas. Su primer impulso fué entrar también en el café; pero se contuvo porque temió un arrebato por parte de Felicio y además espantar la caza. Difícilmente logró resistir á su deseo de conocer á aquella mujer tan envidiada y tan aborrecida; pero se propuso conseguirlo, aun cuando para ello tuviera que esperar hasta la consumación de los siglos. Para lograr su designio tuvo un cómplice en la casualidad. Una ventana del café, que da á la calle de las Beatas, aunque cerrado el cristal, tenía entornadas las maderas, y por el hueco que éstas dejaban filtrábase un vivo rayo de luz. La *Perdigona* atisbó por aquel espacio. Frente por frente había una mesa, á la que se sentaron Felicio y su compañera. María estaba de cara hacia la ventana, y la luz de un apato de gas le daba de lleno. No bien se hubo sentado se desabrochó el capuchón y se bajó la capucha, y la celosa vieja pudo verla y analizarla á su satisfacción. El primer movimiento de ésta fué de sorpresa. «No — pensaba, — esta mujer no es de las perdidas con las que puede rozarse Felicio; tiene aspecto de señora, sea lo que sea.» Ya sabemos que la *Perdigona* tenía buen golpe de vista, y aunque influida por los celos, no pudo menos de apreciar la expresión fina y simpática de las facciones de María.

Durante el largo tiempo que estuvo en observación, experimentó un sinnúmero de sorpresas. La agitación de aquélla, las copas de ajeno que se bebió, la febril animación con que se expresaba, hicieron comprender á la *Perdigona* que se trataba de algo más que de una vulgar intriga amorosa. «Ella hace todo el gasto de la conversación — pensaba; — ese tino de Felicio está embelesado contemplándola.» El joven hallábase sentado de espaldas á la ventana, y la vieja enamorada, al mirar á su rival, tenía que ver la cabeza de su adorado, con aquellos hermosos cabellos, que ella deseaba acariciar, según decía en su carta á Felicio.

¡Cuánto hubiera dado por enterarse de la conversación de la pareja sentada en el café! Además de sus dos últimos dientes hubiera dado dos años de vida; pero tenía que contentarse con acechar, y esto

con sobresalto, para no ser sorprendida en el espionaje por algún transeunte ó pareja de orden público.

La *Perdigona* estaba excitada por los celos y rendida de cansancio. Aquel día había sido muy ocupado para ella, porque necesitaba reunir dinero para pagar el mísero tugurio donde dormía. Había corrido las siete partidas dando *alfilerazos*, tenía su única y parca comida en los talones, y su estómago la pedía con náuseas un refrigerio de café económico y de buñuelos. Y sin embargo, aunque se la doblaban las piernas, resistía valerosamente, y pegada á la ventana, acechaba á través de su amarillenta córnea. Se distraía de aquella interminable espera haciendo comentarios y jurándose averiguar quién era aquella mujer con empaque de señora y ribetes de loca. Si la *Perdigona* se preocupaba tanto de intrigas y aventuras que no le importaban, ¿qué sería de aquélla, que la afectaba en lo hondo del corazón?

Por fin, después de atisbar el incidente de la copa rota, vió al mozo del café, que levantaba las sillas, y á Felicio y luego á María, que se ponían en pie. Entonces fué á situarse en la esquina de la calle Ancha de San Bernardo, con objeto de poder vigilar las dos puertas del café, y ocultarse en una ú otra calle, según por donde salieran los que esperaba.

Salieron por la puerta de la calle de las Beatas, y siguieron calle abajo. La *Perdigona*, que había torcido la esquina de la Ancha de San Bernardo, les siguió á alguna distancia, tambaleándose de debilidad y cansancio.

Felicio y María iban del brazo.

— ¡Qué hermosa noche!, dijo María; esta brisita que se ha levantado me despeja y sosiega mis nervios. En el café creí que iba á estallar mi cabeza.

— Pero, María, ¿por qué bebes ajeno? ¿No sabes que es un licor de muerte?

— ¿Por qué, según me has dicho, has pensado tú en suicidarte?

— ¡Oh, yo! ¡Tú no sabes la tristeza, la soledad de mi vida; no puedes figurarte el tormento de la miseria y de las privaciones.

— Cada uno lleva su cruz; pero tú tienes la fuerza de los diez y ocho años para soportarla. Un acaso cualquiera puede influir favorablemente en tu porvenir. Eres pobre, pero puedes ser rico; no has tenido pasiones hasta ahora, pero quizá las sientas en el momento más imprevisto. Lo terrible es sentir las y luchar contra ellas; comprender que pudiendo ser origen de felicidad, lo son de una desesperación irremediable.

— Tal vez tengas razón, María, porque desde hace tres horas, desde que te he encontrado, siento en mí una expansión, una energía que no puedo explicarme, me parece que vivo más, que respiro mejor.

— Esa es la fuerza de la juventud, que sólo necesita de una idea, de una ilusión para manifestarse. ¿Supones que yo influyo en ti? ¡Dichoso tú que tienes esa ilusión! Yo no sé qué hacer, si desvanecerla ó alentarla. Quizá debiéramos separarnos y no volver á vernos...

— ¡No, María, eso nunca!, exclamó Felicio con ímpetu, estrechando una mano que ella le había abandonado. Prométeme que te veré siempre. Ignoro quién eres y no sé qué pensar de ti; pero sí estoy seguro de que no eres una mujer vulgar. Yo creo que te presentía y te esperaba y que el beso que me diste en Aranjuez ha sido una predestinación. Si no volviera á verte, no sé qué sería de mí.

María inclinó la cabeza y siguió andando en silencio. A su agitación del café había sucedido una extremada laxitud.

— ¿En qué piensas?, dijo Felicio. ¿Te disgusto, temes prometerme que volveré á verte?

— Pienso en nuestro encuentro de Aranjuez. Lo recuerdo como si hoy mismo hubiera pasado. Eras un niño desconocido para mí; y sin embargo, te besé como... besaba á mi hija.

— María.

— Y no es esto solo. En aquella época sufrí un rudo golpe, perdí á mi padre. Recuerdo que aquella mañana, al volver á mi casa, me hallé con una carta en que me anunciaban que estaba expirando y que quería verme, si era posible. Pues bien, Felicio, y esto es lo extraño y en esto pensaba antes: en medio de la agitación de un viaje precipitado, en aquellos días de angustia, de desconsuelo y de luto, al acordarme de mi hija, de la que me había separado, siempre me acordaba de ti... ¿Por qué? Sí — repuso, como hablando consigo misma, — nada hay novelesco, nada es absurdo...

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS LEONES AMAESTRADOS POR MR. SEETH

Cada día se reproduce en los circos la necesidad de encontrar espectáculos originales que satisfagan á los espectadores, deseosos siempre de novedades, y



El domador de leones MR. SEETH.

los empresarios no tienen más remedio que satisfacer estos deseos si no quieren que el público les abandone. Unos se dedican especialmente á amaestrar caballos, obteniendo resultados verdaderamente asombrosos; otros procuran atraer gente ofreciéndole pantomimas montadas con gran lujo, y algunos se consagran á domar fieras.

En esta especialidad descuella el Circo escandinavo de Schumann, cuyos variados espectáculos aplauden actualmente el público de Leipzig. Uno de los números del programa que más llama la atención es la presentación de doce leones machos amaestrados. Hasta ahora se habían visto osos y elefantes ejecutando algunas habilidades y aun leones encerrados en jaulas practicando ejercicios más ó menos difi-

son completamente opuestos á los instintos y al carácter de los animales carnívoros.

Dispuesta de una manera conveniente la pista y convertida en una especie de jaula merced á la colocación de fuertes rejas de hierro sólidamente sujetadas, penetra en ella Mr. Julio Seeth, hombre alto, robusto, de hermosa presencia y mirada firme, que se ve que domina en absoluto la situación, mientras los criados acercan á la puerta de la pista una jaula en donde los leones parece que esperan ansiosos el momento en que se les sacará de aquel estrecho encierro. Introdúcese en la jaula dos jacas y dos perros dogos, y después de haber sido recibidos *cortésmente* por los leones, dos de éstos, en unión de aquéllos, salen á la arena y de un salto se encaraman en unos pedestales de madera, formando todos juntos un artístico grupo; luego empiezan á correr por la pista, uno detrás de otro primero, y después de dos en dos, poniéndose sobre sus patas traseras y girando sobre sí mismos según les indica el domador, ó saltando los leones por encima de la jaca.

Abierta nuevamente la jaula, salen de ella los otros diez leones y uno en pos de otro desfilan con paso majestuoso por la arena que, en aquel instante, presenta un aspecto imponente. ¡Doce leones juntos! ¡Doce reyes del desierto convertidos por su docilidad en un verdadero rebaño de animales inofensivos! En medio de ellos se sitúa Mr. Seeth, manda á uno que se ponga de pie, le abraza, y juntos recorren un buen trozo de la pista; luego tres de los más hermosos animales forman rápidamente lo que se llama el columpio y después los doce forman una pirámide de gran efecto y de bellísimo aspecto artístico.

Otro de los ejercicios es el *carrousel*: cuatro leones se meten en otras tantas barquillas, provistos de sendas banderitas que el domador les introduce en las fauces, y el aparato empieza á dar vueltas impulsado por una de las jacas.

Durante todos estos ejercicios, los leones no cesan de acariciar á Mr. Seeth, el cual corresponde á sus caricias abrazando y besando á sus favoritos.

El espectáculo termina regresando los animales á la jaula por el mismo orden en que salieron de ella, á excepción de uno, el llamado *Sultán*, que es el ejemplar más hermoso de los doce, el cual se deja coger dócilmente por el domador y se coloca sobre sus espaldas tal como representa nuestro primer grabado de esta página. El otro grabado reproduce á los doce leones alineados y apoyando las patas delanteras en la valla de la pista. — V. M.

* *

LA SUPERFICIE LUNAR

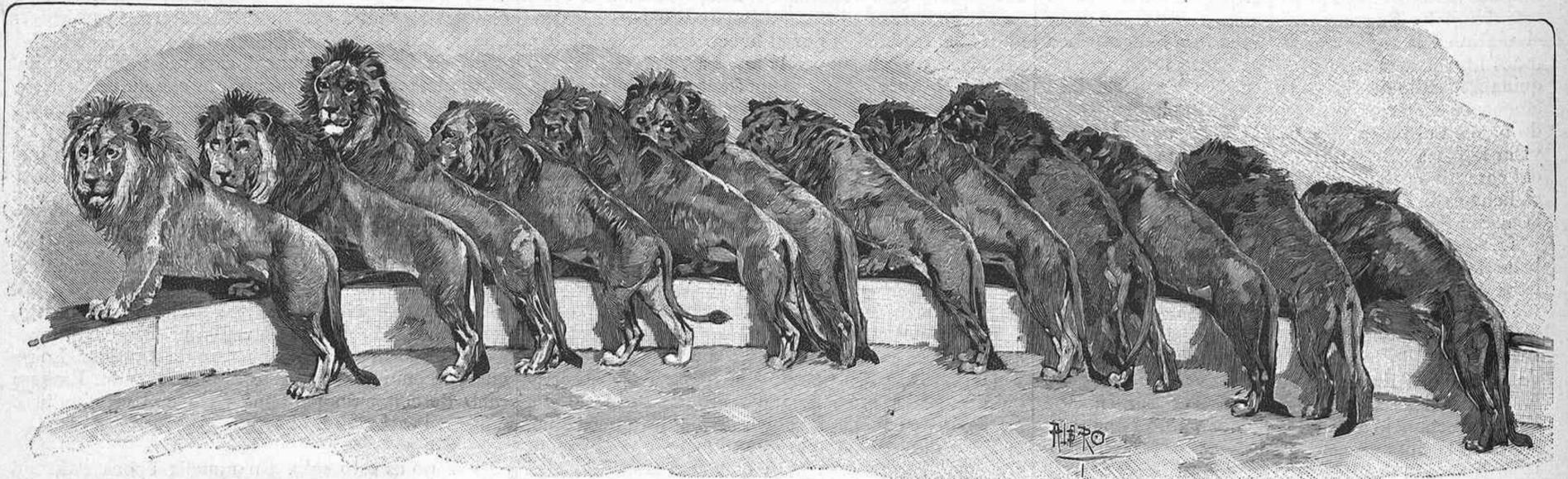
Los Sres. Lœwy y Puiseux han presentado recientemente á la Academia de Ciencias de París el primer fascículo de su atlas lunar, que se compone de

lles y presentan el relieve de una manera muy limpia.

Las investigaciones del Dr. Weineck de Praga han demostrado ya que las ampliaciones de las fotografías lunares permiten completar y rectificar los mejores dibujos, presentando además sobre éstos la ventaja de una autenticidad absoluta. Los Sres. Lœwy y Puiseux parten de un punto de vista diferente. El empleo de hojas de grandes dimensiones que permiten abrazar de un solo golpe de vista extensas regiones, les parece eminentemente propio para facilitar los estudios comparativos y hacer entrar en una nueva vía la selenología, ciencia hasta hoy un tanto confusa.

Los caracteres más conocidos y mejor estudiados son los circos, vastos embudos de 50 á 150 kilómetros de ancho, rodeados de muros de regular prominencia: su interior muestra una llanura unida, de la que surge con frecuencia una montaña central completamente aislada. Muy numerosos en las regiones montañosas y en las mesetas elevadas, los círculos son relativamente raros en las grandes manchas oscuras que se distinguen á simple vista en la luna y que impropia mente se designan con el nombre de mares. Estas llanuras, por lo menos las que han conservado una forma clara y marcados contornos, se parecen mucho á la arenas interiores de los circos y sólo se diferencian de ellas por sus dimensiones mayores. Las altas mesetas están cruzadas por surcos rectilíneos que, con sus intersecciones, forman una red poligonal y siguen con preferencia las tangentes de los muros de los circos.

La distribución de los matices no es menos digna de atención que el relieve: las partes deprimidas tienen por lo general un tinte oscuro; y por el contrario, una intensa blancura reviste la mayor parte de las porciones elevadas y las cimas centrales de los circos. Algunas veces esos matices blancos se diseminan en rastros que irradian alrededor de los centros determinados hasta distancias enormes y salvan todos los accidentes del terreno puestos en su trayecto sin alterar el relieve de los mismos. Este conjunto aparece de una manera fija en los anteojos, y los cambios que en él se cree observar se reducen casi siempre á juegos de luz debidos á la variación de la iluminación y del punto de vista. Esta fijeza demuestra que nos encontramos en presencia de un mundo muy diferente del nuestro. En efecto, al decir de ciertos sabios, la luna carece de agua y de atmósfera, y aun afirman aquéllos que estos dos factores tan activos del relieve terrestre no intervinieron nunca en la historia de nuestro satélite: los numerosos embudos no tendrían, según esta teoría, nada de común con los volcanes. Otra escuela se coloca en un punto de vista opuesto y considera la superficie de la luna como modelada por fuerzas análogas á las que vemos obrar sobre la tierra. Los Sres. Lœwy y Puiseux encuentran en el estudio de sus fotografías serios motivos para atenerse á una opinión intermedia: según ellos, la atmósfera de la luna está seguramente muy enrarecida, pero no se puede en absoluto negar que exista y aun se concibe que en otro tiempo pudo haber sido mucho más densa y haber desempeñado, por



LEONES AMAESTRADOS POR MR. SEETH, DEL CIRCO ESCANDINAVO SCHUMANN, QUE ACTUALMENTE SE EXHIBEN EN EL ALBERTHALLE DE LEIPZIG

les; pero el espectáculo de contemplar en la pista, convertida en jaula colosal, doce leones sumisos á las órdenes de su domador y realizando cosas verdaderamente extraordinarias, es completamente nuevo.

Este resultado lo ha conseguido el intrépido domador Mr. Julio Seeth, el cual ha logrado que su colección de *reyes del desierto*, no sólo le respete y le obedezca, sino que ejecute, casi por su propia iniciativa, ejercicios hasta cierto punto artísticos, que

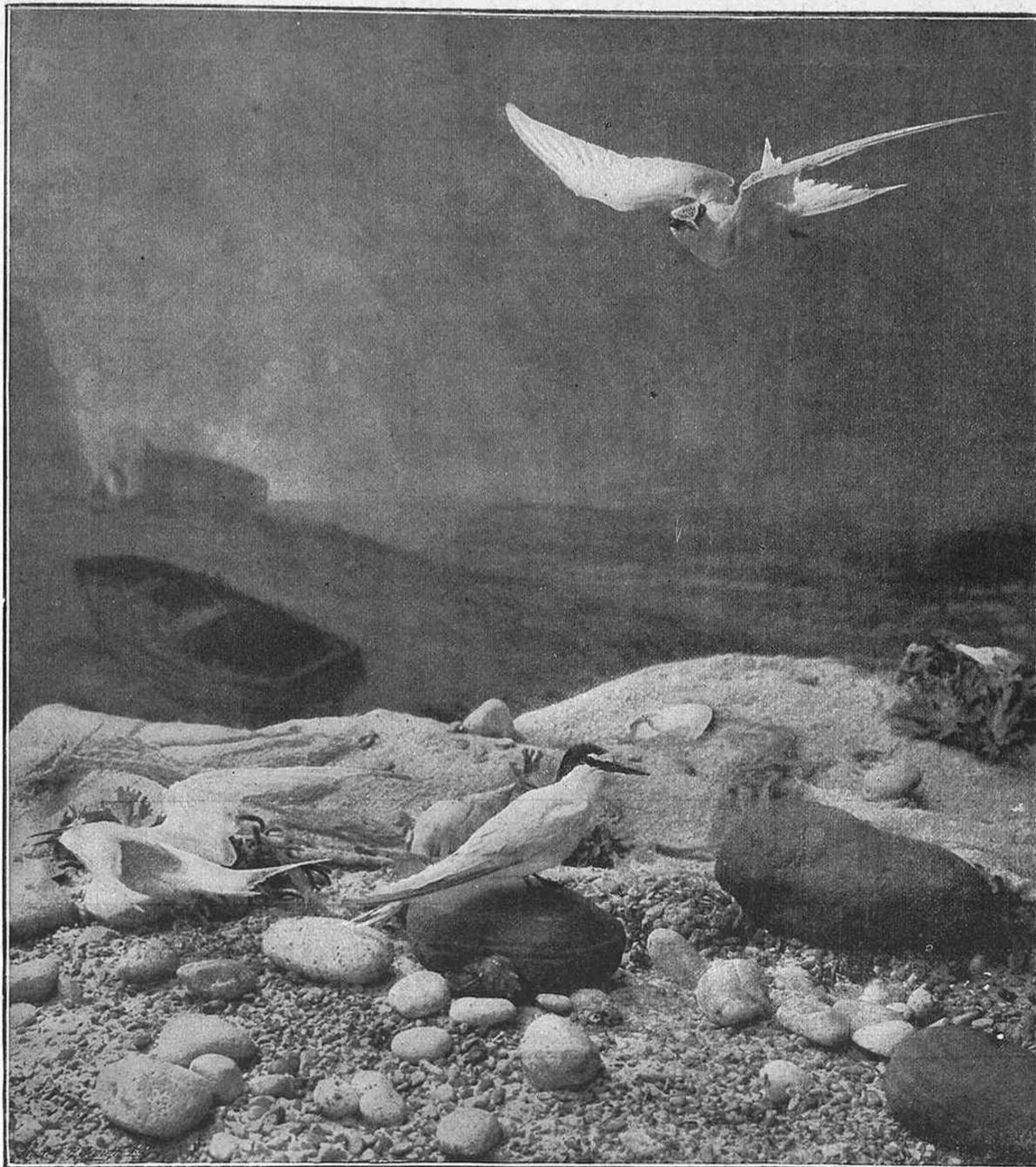
seis hojas, una de las cuales es un espécimen no ampliado de los clisés obtenidos por medio del gran ecuatorial acodado del Observatorio parisiense. Las otras cinco planchas son heliograbados de 50 por 60 centímetros que reproducen algunas porciones escogidas de estos clisés, agrandadas en una proporción tal, que el diámetro de la luna, según ellas, sería de 2'60 metros.

Las planchas heliograbadas son muy ricas en deta-

consiguiente, un papel importante. Asimismo, negándose á considerar los circos lunares exclusivamente como cráteres formados con explosión, admiten que muchos de ellos deben su origen á erupciones que han preparado el hundimiento de una extensa porción de la corteza. Si se adopta este criterio, muchas particularidades de la estructura de los circos se enlazan entre sí y se explican de una manera inesperada. La realidad de las erupciones volcánicas está

además atestiguada por las aureolas y los rastros blancos de que antes hemos hablado y que se explican perfectamente por masas de ceniza violentamente lanzada á grandes alturas, por consecuencia de explosiones repentinas, y luego dispersada por los vientos. Las erupciones acompañadas de intumescencias no son las únicas causas posibles de aquel hundimiento, sino que también deben producirse, como en la tierra, algunas bajo la acción del enfriamiento progresivo. Con esta causa se enlazan las cuencas deprimidas designadas con el nombre de mares, análogas á las fosas mediterráneas estudiadas por los geólogos en la superficie de la tierra. Finalmente si nos remontamos á una antigüedad más remota podemos tratar de representarnos en qué condiciones pudo constituirse una primera corteza en el globo lunar todavía fluido. Se concibe que las escorias formadas en la superficie y aumentadas progresivamente se han ido aglomerando en bancos cada vez más extensos. La unión de estos bancos, así como su ruptura, han debido efectuarse según ciertas leyes y dar lugar á la formación de una red cuyas huellas visibles revela hoy la fotografía.

Tales son las variadas y curiosas conclusiones que permiten entrever los trabajos realizados en estos últimos tiempos en el Observatorio de París, trabajos en los cuales la geología se encuentra casi tan interesada como la astronomía misma. Por lo demás, no está en manera alguna demostrado que se haya extinguido toda actividad en la superficie lunar, y la comparación de las fotografías actuales con los documentos pasados ó futuros podrá, mediante la comprobación exacta de cambios indiscutibles, demostrar en qué sentido se prosigue la evolución de nuestro satélite. - N.



GOLONDRINA DE MAR, fotografía de G. Watmough Webster (Chester)

UN SISTEMA DE TRANSPORTE ECONÓMICO
EL MONORIEL

Sabido es que la explotación del más insignificante ferrocarril de vía estrecha resulta oneroso si el tránsito por él no es considerable. Todos los medios de transporte por tierra, así los de tracción animal como los de vía férrea, cuestan muy caros, y de aquí la superioridad de los transportes por mar, por río ó por canal, cuando éstos son posibles. En los países

oscilaciones laterales tan incómodas de los ferrocarriles. Estos vehículos llevan sus frenos, pero para detenerlos basta hacer inclinar la plataforma y entonces el roce del suelo es un freno suficiente.

La velocidad que con ellos puede alcanzarse no es la de los ferrocarriles de vía estrecha; pero aparte de que no siempre esta velocidad es necesaria, téngase en cuenta que se trata de un sistema muy económico y practicable en condiciones en que no lo son aquéllos. - X.

que no tienen carreteras, en las grandes explotaciones agrícolas ¿cómo resolver ese problema de los transportes baratos, ya que no rápidos? He aquí una solución muy sencilla que de fijo se irá abriendo paso en la práctica. El monoriel es un riel único que descansa sobre traviesas metálicas rectangulares reforzadas en sus cuatro ángulos: los rieles están unidos entre sí sin mano de obra especial, por medio de un encaje de fácil manejo, y puede darse á la línea la curva que se desee y aun hacerle describir círculos de ocho metros de radio y ponerla sin dificultad sobre terreno pantanoso. El material móvil es de una sencillez extremada: consiste en dos ruedas pareadas en el mismo plano y de igual diámetro, como las de una bicicleta, que arrastran una plataforma horizontal muy próxima al suelo: sobre esta plataforma descansa ora una carretilla ora un carro. Tratándose de una carretilla un solo obrero basta para mantener la carga en sentido horizontal; tratándose de un carro ó de otro vehículo mayor es suficiente un caballo. Y sin embargo, el peso que puede arrastrar el motor, gracias á la ventaja del roce de hierro sobre hierro, es siete veces mayor que sobre un terreno regularmente bueno. En cuanto á los viajeros, no tienen que soportar esas

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas y escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

CYCLES IMPERATOR
DUGOUR Y C.^o, constructores al por mayor
81, Faubourg, Saint-Denis, Paris
Velocipedos de precisión, modelo 1896
Soberbios neumáticos. Fr. 150
Catálogo ilustr. gratis. - Exportación

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abacoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECOHO** y de los **INTESTINOS**.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
Curada por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

Las Personas que conocen las **PILDORAS de DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - PREGIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

MONTSERRAT. - El conocido encuadernador y litógrafo de esta ciudad D. Hermenegildo Miralles acaba de publicar con este título un álbum que contiene 32 vistas de gran tamaño de la famosa montaña catalana en donde se venera la milagrosa imagen de la Patrona de Cataluña. Las vistas son preciosas, están admirablemente reproducidas de fotografías inéditas del reputado fotógrafo barcelonés Sr. Audoard y dan una idea perfecta de los sitios más interesantes y pintorescos de Montserrat, por lo que no vacilamos en recomendar el álbum á nuestros lectores: los que hayan visitado la montaña recordarán con deleite, al hojear sus páginas, lo que tan agradables sensaciones les produjo en su visita; los que no hayan hecho esa excursión podrán formarse cabal concepto de las maravillas que Montserrat encierra. Cada lámina lleva al pie la correspondiente explicación con los datos necesarios para completar la impresión que la contemplación de cada vista produce: el álbum, cuya elegante cubierta ha sido dibujada por el Sr. Pascó, se vende al precio de 3 pesetas.

ANALIZADOR VOLUMÉTRICO del doctor Bassols y Prim. - El conocido médico de esta ciudad Sr. Bassols y Prim ha inventado un nuevo aparato para la medición volumétrica del ácido carbónico y aun del oxígeno del aire espirado, que ha merecido un dictamen favorable de la Real Academia de Medicina de Barcelona. Para la descripción de este aparato ha publicado el Sr. Bassols un folleto en el que hace atinadas consideraciones del ácido carbónico y del oxígeno en el aire espirado y demuestra las ventajas que por esta razón puede reportar el uso del analizador.



LA PRINCESA Y LA RANA,
cuadro de Symonds (Exposición de la Art Gallery de Manchester)

MEMORIA DEL INSTITUTO MÉDICO HIDRO-ELECTROTÉRÁPICO EN BUENOS AIRES. - El Dr. D. Anselmo Ruiz Gutiérrez fundó en 1892 en Buenos Aires un Instituto médico hidro-electrotérapico, cuyo éxito ha ido desde entonces aumentando de año en año. Para convencerse de ello basta leer las interesantes estadísticas de los enfermos presentados y asistidos en aquel establecimiento desde su inauguración durante los años 1892, 1893, 1894 y 1895, en las cuales se ve la proporción de los curados y aliviados: estos datos son el mejor elogio del instituto. La Memoria ha sido impresa por G. Kraft, Cuyo, 1124, Buenos Aires.

ANARQUÍAS, por S. Gomila. - Contiene este tomo una colección de poesías del conocido escritor barcelonés Sr. Gomila: el título está justificado, en nuestro concepto, más por la forma que por el fondo. Ciertamente en éste abundan las ideas atrevidas y que pugnan muchas de ellas con el orden social establecido, revelando aspiraciones á ideales que la humana imperfección no logrará alcanzar en mucho tiempo, si es que algún día llega á alcanzarlos; pero todos los atrevimientos, todas las crudezas, todo el espíritu revolucionario del fondo resultan pálidos ante la anarquía que preside en la forma. El Sr. Gomila, en este punto, ha prescindido de todas las reglas retóricas, ha pasado por encima de todos los preceptos que hasta ahora respetaban aun los más revolucionarios y hasta ha hecho tabla rasa de aquellas condiciones que para la poesía exige, no ya los libros didácticos, sino el oído del lector. Como dato curioso merece leerse *Anarquías*, pero nos parece que el sistema no hará muchos prosélitos y que el procedimiento no encontrará aficionados. Publicado el libro por el editor barcelonés D. Antonio López, véndese á una peseta cincuenta céntimos.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL.
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y Cia, Fcos, 102, R. Richelieu, París.

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOSES, EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES of C^o B^o St-Denis

P. MÈRE DE CHANTILLY
ORLÈANS - FRANCE

UNGUENTO ROJO MÈRE
CURACION RÁPIDA y SEGURA DE LAS
Cojeras • Alcanca • Esguineas • Agriones
Infiltraciones y Derrames articulares
Corvazas • Sobrehuesos y Esparavanes
Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estenden á todos los animales.

BLACK MIXTURE MÈRE
BALSAMO CICATRIZANTE
Para toda clase de Heridas y Maturadas de los Animales.
EN TODAS LAS DROGUERIAS

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farmo, 114, Rue de Provence, en PARIS
la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
"PARIS, 31, Rue de Seine."

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.